

Luis Cardovila

TIERRA SIN PRIMAVERA

I

frio

Es una casuca aldeana, en el llano y al pie de los montes. Una casuca triste y fría: frío de falta de risas y de pan, de desamparo y desolación.

Al fondo el portón que se abre al camino, -camino de irás y no volverás, de la guerra y de la muerte- y un ventano. A la derecha el lar, de ancha campana, en el que arde un fuego misero. A la izquierda una mesa, dos ó tres sillas, la boca negra de una puerta: la de la escalera que conduce al piso alto habitado antes por los que se fueron y no volverán, hoy abandonado a los ratones y a la lechuga. Las paredes, blancas de cal. El techo cruzado por enormes vigas negras. Una alacena. Un bameró. Una hoz.

En un rincón, el camastro donde duermen la abuela y el nieto.

- " " Noche. Noche de invierno, ~~con nieve~~ ^{de ventisca} en el monte. Noche lujada y helada. Acurrucados junto al lar, la abuela y El nieto. Un gran silencio.

El nieto: ~~¡Tengo miedo!~~ Tengo miedo

La abuela: También yo. ¿Pero eso qué importa? El miedo es hoy dueño y señor del mundo. Vino cuando murió la esperanza. Algo íbamos a tener los míseros, los débiles. Fue lo único que nos dejaron los poderosos: el miedo, y nuestro miedo es su fuerza. Acostúmbrate a él, haz de él tu compañero, el compañero de tu infancia triste. No le rechaces, no lo ahuyentes. Un día, cuando llegues a mozo y lo recuerdes, te hará fuerte. El miedo engendra el odio.

El nieto: Yo ~~no~~ entiendo tus palabras. No sé lo que me hablas. Pero lo que me hablas me da un miedo más grande.

La abuela: Mejor que mejor. De tu miedo de hoy nacerá mañana tu coraje. Puede que yo no lo vea porque ya soy muy viejo, tú muy niño y el mañana de que te hablo es tu mañana de hombre. * No olvides tu miedo de niño cuando seas hombre. ~~¡No!~~ ¡Sí, cuando llegues a hombre, fuerte, implacable, inmisericorde como han sido con nosotros! ¡No olvides ni perdones la noche triste de tu niñez!

El nieto: ¿Esto está tan oscuro?

La abuela: ¿Oscuro? ¿Con el fuego?

El nieto: Ya no da llama.

La abuela: ¿Y la luna? ¿Es que no tenemos hoy la noche toda blanca de luna?

El nieto: Será en el campo y en el monte, pero lo que es en casa... Diríase que tiene miedo a entrar.

La abuela: Mírala como se pasea por los campos del cielo.

El nieto: Su luz, abuela, hace más fríos los campos de la tierra.

La abuela: Diríase un farol de noche de fiesta, de noche con baile y canción.

El nieto: Ya no hay fiestas, abuela; ya nadie canta y se ríe como antes.

La abuela: Ellos sí se ríen. De nuestras lágrimas nace su risa; de nuestro dolor, su alegría.

El nieto: ¿Ellos? ¿Quiénes son ellos?

La abuela: Los que tienen dinero, los que tienen pan, los que tienen una casa con fuego ~~con luz~~ ^{en invierno} / ^{Hay en verano}.

El nieto: ¿Los amos?

La abuela: Esos, sí; los amos: el alcalde, el cura, el sargento / y los que les ~~xxx~~ bailan el agua.

El nieto: ¿Y comen todos los días, abuela?

La abuela: Todos los días.

El nieto: ¿Y no pasan frío, como nosotros?

la abuela: No pasan frío
 El nieta: ¿Ni tienen miedo?
 la abuela: les protege Dios.
 El nieta: ¿Porque no nos protege tambien a nosotros?
 la abuela: Porque nosotros somos los malos y ellos los buenos.
 El nieta: No tener dinero ni fuego en el lar/ni ran en la alacena... ¿eso es ser malo?
 la abuela: Asi parece
 El nieta: Dicen ellos, el cura, el alcalde, el ser ento, que mataron a todos los malos. Y diciéndolo, se rien mucho. ¿Matar es una cosa muy alegre?

-la abuela, ensimismada, entristecida, calla.
 la mano helada del viento golpea en la puerta y ulula en la chimenea-

¿Han llamado?

la abuela: Es el viento.
 El nieta: Tengo miedo
 la abuela: Voy a encender el candil, pero tan solo un momento. Tenemos que economizar el aceite. Somos muy pobres, ¿sabes?
 El nieta: Dime, abuela: ¿por qué se es pobre?
 la abuela: En otras tierras, no sé. En la nuestra, porque no supimos matar. Son muchos, son legión, los que se han enriquecido robando a los pobres. ~~Y a los pobres les roban.~~ Ya ves tú: robarle a un pobre. Parece cosa de bromo. Bromo sinistra.

-la abuela enciende el candil, que cuelga en el revellin de la chimenea.

El nieta, ~~pregunta~~: ¿Y madre? ¿Tambien era mala?
 la abuela, ~~pregunta~~: ¿Tu madre? ¡Una santa!
 El nieta: ¿Pues entonces porque la mataron?
 la abuela, ~~comprendiendo~~: ¡Ah, si! Mala, muy mala. Tanto como nosotros.
 El nieta: ¿Tanto como tu?
 la abuela: Pues, claro.
 El nieta: ¿Y me queria tanto como tu me quieres?
 la abuela: Más. Muchísimo más.

-El niño se levanta, se acerca a la vieja y, ciñendole los brazos al cuello, la besa. La luz mortecina, lívida del candil arroja contra la pared, alestandolas, las sombras disformes de la vieja y el niño. El viento, ciego y enloquecido corre bullando los caminos blancos de nieve.

El nieta, atemorizado: Andan en la puerta, abuela. Quieren entrar.

la abuela: Es el viento.
 El nieta: ¿No serán los fantasmas?
 la abuela: ~~Puede~~ *Tu ley es.*

-El niño, empavorecido, busca ^{amparo} ~~calijio~~ en el regazo de la vieja-

Hace ya mucho tiempo que ésta es tierra de fantasmas.

El nieta, con un hilo de voz; Tengo miedo, abuela.

la abuela: Mejor que mejor. El miedo guarda la vida.

El nieta, ~~con extrañeza~~: ¿la vida?

la abuela: La del corazón, que da racimos de odio. Cultívala con amor, cultivado, para que sea ópima la cosecha. Conserva tu miedo, no lo echés a perder. ~~Ellos, los santos, creen que con el miedo nos aniquilan.~~ ~~Se equivocan.~~ ~~No piensan en el mañana.~~ ~~No piensan que la noche acabará y llegará el alba.~~ Esperándola, se tienes a mí. Vieja soy, pero hasta que no amanezca no te abandonaré.

El niño: ¿Y padre? ¿Porque no viene? A su lado no tendria miedo.
 La abuela, con un hondo suspiro: Lo mataron tambien, de fijo. Y si vive es mejor o
 que no venga. Lo matarian ante mis ojos.
 El niño: ¿Tambien padre era malo?
 La abuela: Tambien. Como tu madre. Como yo.

~~Con un odio inmenso.~~

/ Lobos!
 El niño: ¿Nosotros?
 La abuela: No: ellos
 El niño: ¿Los buenos?
 La abuela: Los buenos, si. Lobos, los buenos.

~~En voz baja~~

Pero con los lobos se acaba tambien. ¿Sabes como? Con los cepos que
 les arma el miedo, padre del odio.

~~silencio~~ Silencio que hacen más denso los
 apagados ruiditos de la noche aldeana: una
 carcoma en las vigas; un tronco que, levora-
 do por el fuego, crepita en el lar; el aulli-
 do del viento en los arboles desnudos; los
 copos de nieve repicando tenuemente en los
 cristales.

El niño: Abuela: tengo hambre
 La abuela: Has comido ya.
 El niño: Una escudilla de sopas. Poca cosa. Tengo hambre
 La abuela: Tambien yo, pero no queda en casa el más misero cuscurreo de pan.
 El niño: ¿Pues y mañana? ¿Cómo haremos mañana?
 La abuela: Mañana, Dios dirá... No: Dios no dirá nada. Dios está ciego y sordo y no
 nos ve ni nos oye a los pobres. Se ha pasado a los ricos y les bendi-
 ce la tripa podrida y el corazon podrido.
 El niño: Tengo hambre, abuela.
 La abuela: Como yo. Hambre, miedo, y frio como yo. Buenos compañeros en nuestra no-
 che triste. Hambre, miedo, y frio, casi siempre suelen andar juntos. Aes-
 cuéstate. Durmiendo se irán el hambre, el miedo y el frio. Pero, no tea-
 mas; no irán muy lejos. Se acurrucarán como lebreles en el quicio de
 la puerta para darnos mañana, a prima hora, la dentellada de los fue-
 nos dias. Guardarán la casa, la casa del odio, contra los lobos.
 El niño: ¿Los lobos? ¿Tu crees, abuela, que bajarán al llano?
 La abuela: No, porque están ya en él.

-En voz muy baja, agarrotada por el miedo
 y el rencor:

uniforme, de cincifijos
 Lobos de sotana y pistolon,
 de zarpa torpe y homicida,
 punado de flecho el corazón,
 y en la boca podrida ~~corrupita~~
 el escarnio y la condenacion.

El niño: ¿Rezas, abuela?
 La abuela: Como todas las noches. Mi oracion de todas las noches. Anda, acuestate.
 Es ya muy tarde y te estás cayendo de sueño.
 -lo desnuda. Lo acuesta. El niño se arrodilla
 lla en el camastro y juntando las manos,
 implora:

El niño: Padre nuestro, que estás en los cielos...
 La abuela: No; esa oración, no.
 El niño: Tú me la enseñaste.
 La abuela: Eran otros tiempos, es una oracion para otros tiempos. Tu padre, no está
 tá en los cielos. No sabemos donde está, pero seguro que no está en
 los cielos. Tu padre era un hombre, todo un hombre, que te besaba y te

cantaba con la boca llena de risas y los ojos encandilados. Dejémosle tranquilo a Dios, que ya no está en el cielo azul, sino en la iglesia negra. Tu madre sí está en el cielo. Y es a ella a quien debes rezar. Todas las noches, todos los días, en todas las horas de tu vida. Olvida las oraciones que te enseñé cuando vivíamos felices, olvida las oraciones que rezan los ~~l~~os y reza conmigo la oración de los tiempos aciagos:

Madre mía que tanto sufriste,
Santa Madre que, muerta, no puedes morir,
madrecita buena que me diste
tu sangre, tu voz y tu risa,
siempre, a todas horas, me acuerdo de ti
Madre mía que un día te fuiste,
desde entonces ya no hay amanecer.
Santa Madre, vivimos muy tristes
porque nos dejaste y no has de volver.
¿Andarás buscándonos, madrecita?
¿O te habrás perdido, nos habrás perdido?
Dime: ¿es que las madres se pueden perder?
¿O estarás con nosotros y no te sabemos ver?
Madre que se llevó la muerte
al castillo de Irás y no volverás,
Santa Madre, bendita Tú eres,
bendita entre todas las mujeres...
Yo te quiero mucho, ¿sabes? Cada día más.
No creas que has muerto: las madres
no mueren jamás.

la pobre mujer

-El niño se ha dormido. La vieja le arropa y lanza un hondo suspiro: ~~de pena infinita.~~
~~Ya el arrapiezo, xxxxxxxxxxxxxxxx dormido, no~~
~~puede verla y ella puede dejar de fingir y~~
~~abandonarse al dolor.~~

Una pausa larga, densa. El viento en el camino. Y en la puerta, llamando ~~quedamente~~, una mano.

La abuela se sobresalta, se acerca temblando a la puerta, pregunta:

¿Quién es?

Pedro:

Pedro. Abre, madre. Pronto.

-La abuela va a lanzar un grito de alegría delirante, pero, amedrentada, se tapa la boca con la mano, ahogando el grito. Temblando de júbilo y de miedo abre la puerta con mano torpe. Se cuelga de rondón Pedro, que cierra tras él y acoge en sus brazos a la vieja besándola en los ojos llenos de lágrimas, y en la frente pálida, en los cabellos blancos.

Pedro es un mozancón alto y membrudo. Montera, botas, capote de monte. Bajo el capote, el fusil.

¡Hijo! ¡Hijo!

La abuela, casi sin habla: Te creía muerto. Muerto en la última batalla, la
Pedro: Pues, ya ves: vivo.
La abuela: Tardaste tanto! Murieron tantos!

de la muerte.

Murieron tantos!

Pedro: Pude ~~XXXXXX~~ escapar a la muerte. Me fui con los del monte, un puñado de valientes. Cada día somos más numerosos. No podrán con nosotros. ¿La guerra? No ha terminado.

-Apaga el candil de un soplo-

La luz, a estas horas, podría delatarnos

La abuela: ¿Nadie te ha visto en el pueblo?

Pedro: Nadie, no temas. Además, me guardan las espaldas unos compañeros.

La abuela: Pero podrán seguir tus huellas, marcadas en la nieve.

Pedro: Ni eso: sigue nevando y la nieve las borrará.

-De pronto-

¿Y Paloma?

-La abuela vuelve el rostro y rompe a llorar. Pedro comprende y con el rostro contráido por un dolor atroz pregunta:

¿Muerta?

La abuela: Cerca de la frontera, cuando huíamos. La mató una bomba. La enterramos al ~~puerto~~ del camino, abriendo una hoya muy grande por si otra bomba acababa con nosotros. No quisimos seguir adelante. No quisimos abandonarla. Regresamos al pueblo. La guerra había terminado... así por lo menos lo creían entonces... y a nuestro regreso todo eran músicas y risas jubilosas en los vencedores. Nunca vi cosa más triste y sinies tra que aquella alegría.

Pedro, besándola otra vez, abrazándose ~~en~~ a ella como si, a pesar de su hombría, buscara en ella apoyo: ¡Pobre vieja! ¡Pobre ~~santa~~ viejita mía!... ¿Y padre? ¿Durmiendo?

La abuela: Para no despertar. Lo mataron también: ante mis ojos.

Pedro: ¡Cobardes asesinos de mujeres y ancianos!

La abuela: ~~Más cobardes~~ Mucho más cobardes de lo que imaginas. El pobrín no se metía con nadie y no había nada contra él. Pero era tu padre, ¿comprendes? y ya que no podían cazarte a ti había que cazarle a él; había que provocarle, enfurecerle, ponerle fuera de tino, acabar con su paciencia de santo. ¿Sabes como lo consiguieron? Llegaron un día seis o siete, capitaneados por el sargento y el hijo del alcalde, cogieron al perro, "Turco"... ¿te acuerdas de "Turco", tan manso, tan leal?... lo ataron al peral del huerto y empezaron a darle de palos, riéndose. El pobre ~~uillo~~ aullaba que daba pena y estaba lleno de sangre. No pude detenerle al viejo. Salió, desesperado, amonestándoles por su crueldad.

-Tapándose los ojos-

Lo mataron a palos. Lo dejaron tendido en el suelo, con la cabeza hendidada, muerto. El perro, que aun vivía, se arrastró hasta él para morir a su lado. ~~Y~~ yo quise morir también, pero no podía: tenía que vivir para tu hijo.

Pedro: ¡Cobardes! ¡Cobardes! ¿De qué fiemo y de qué pus ~~es~~ hizo Dios? ¿Qué pútridas entrañas ~~es~~ parieron?

-Con trágico arranque, cogiendo a la viejecita por los hombros y acercando mucho su rostro fuerte al de ella, marchito:

¡Pero, pagarán! ¡Pagarán, madre! ¡Yo lo juro! Vive, madre. Acuérdate: vivir para ver. Vive y espera!

-La abuela le coge silenciosamente de la mano y le conduce junto a la cama donde duerme el niño.

La abuela: Esperaremos los dos. Te esperamos los dos.

-Pedro se inclina y le besa a su hijo.

El niño, despertando: Tengo miedo, abuela.

Pedro: ¡Hijo mío!

El niño, incorporándose en el camastro: ¡Por fin has vuelto, padre!

-La ~~abuela~~, ~~compañera~~ ~~nieta~~, con fuerzas nacidas del pánico, le aparta a Pedro del camastro, y le dice al pequeño:

La abuela: ^{está diciendo} ¿Qué tonterías ~~señoras~~? ¡Padre? ¡Quien sabe por donde andará tu padre! ¡Quien sabe si vive todavía!

El niño: ¡Me ha besado, abuela! ¡Le he visto!

La abuela: ¡A oscuras? ¡Vamos! ¡Vamos! Estarías soñando. Has soñado que veías a tu padre, comprendes? Lo has soñado. Dime que lo has soñado.

El niño: Sí, abuela.

La abuela: Y a dormir de nuevo, que la noche es ~~xxx~~ larga, muy larga. A dormir... a dormir...

El niño: Sí, abuela. Y a soñar.

Pedro, acurrucado en el suelo, a los pies del camastro, en voz muy baja: Y a esperar

-La abuela se sienta en el suelo, junto a Pedro. Una larga pausa en la que a poco nace la pausada respiración del niño, ya dormido ~~de nuevo~~.

La abuela, con la voz hecha susurro: ¡loco! ¿No comprendes que si sabe que has vuelto puede contarlo en el pueblo? Pero no te ha visto, yo le haré creer que no te ha visto, yo le haré creer que ha soñado... Y ahora vete. ¡Vete por lo que mas quieras! Vete y guárdate mucho.

Pedro: ~~Si, padre~~. Me guardaré, no temas: por él y por ti... Sabréis de mí... Volveré...

La abuela: Cuando asome el alba y puedas afrontarla a rostro descubierto.

Pedro: Cuando asome el alba, sí.

-La besa. Y a rastros, madre e hijo se acercan a la puerta y la entreabren quedamente. Pedro sale. La abuela cierra y, poniéndose en pie se acerca a la ventana, limpia con mano trémula el vaho del cristal y mira ansiosamente al exterior.

La nieve, aborascada, borra los caminos. Lladnos ladridos de perros. En lo alto de la casa el ~~chist~~ ~~sinicstro~~ de la lechuza

lillo rano

++++++ ++

Un salón en el palacio real. No hay rey, pero hay palacio. No hay rey, pero hay amo. Lujo pesado, barroco, -sin la exuberante y ~~ix desbordante~~ del barroco-ceremonioso y oficial. Grandes cortinones de velludo morado decorados con el blasón nacional: columnas, cuernos de la abundancia, corona, águila rapaz.

Una lámpara de cristales pende, como una araña enorme, del techo.

Un sillón que tiene el empaque de un sillón del trono: terciopelo morado, brazos y respaldo áureos. Sillón de teatro, Sillón para morir en el último acto del melodrama.

Un espejo de cuerpo entero.

arma, nuevo libro -

alegría
~~Entra un criado~~ *libro insolentemente* ~~uniforme~~ *Señor que de-*
~~tata el mal~~ *que de vuelta* al conmutador eléctrico. La lámpara se ilumina, centelleante. En el umbral de la puerta han aparecido dos guardias etíopes, vestidos con riqueza *chocarrero*. Dos comparsas de las mil noches y una noche vistos por los modistos de Hollywood. *regia*

Los dos etíopes penetran en la estancia, miran debajo del sillón, detrás del espejo, levantan los pesados cortinones por si hay alguien que se esconda tras ellos.

El criado: No hay nadie. ¡Loado sea Dios, que protege la vida de su Excelencia!

-Sale, gritando:

¡Su Excelencia puede entrar! ¡No hay peligro alguno para su Excelencia!

-Los dos etíopes, en posición de firmes, se sitúan uno a cada lado de la puerta. Música: una marcha que *pretende* ser solemne. Muchos clarines y tambores. Música ratonera. Solemnidad de pega.

X Entra, con aire grave, altanero, de figurón, ~~el~~ general Palmiro. Apenas ha pasado el umbral, ~~la~~ ~~puerta~~ se cierra. Cesa la ~~musi-~~ *muña*.

El general Palmiro, al verse solo, mira con escama a su entorno, escudriña, a su vez, debajo del sillón, detrás del espejo y de los cortinones. ~~No se siente seguro, a pesar de los guardias etíopes no se fía ni de su sombra.~~

Se sienta en el sillón.

El general Palmiro no tiene, físicamente, nada de heroico. Diríase, por lo que de torpe y plebeyo hay en él, un sargento con disfraz de general. Bajito, barrigudo, pati-

*A pesar de tantos guardias
encapados de
plum velax por su preciosa
vida, no se siente seguro,*

todos

El ministro de agricultura, aferrado a su mulletilla: Y es el amo.

El ministro de justicia: Sí, hombre, sí: el amo. El mejor, el que más nos conviene.

¿Que haríamos nosotros con un amo honrado?

Un ujier, anunciando: Su Excelencia el General.

(Entra el General Palmiro. De uniforme y con tacones muy altos. Aire frío, altanero. C.)

El general Palmiro: Buenos días, señores.

Los ministros: Dios, se los dé también buenos a Su Excelencia.

El general Palmiro, sentándose a la cabecera de la mesa: Siéntense ustedes. Despacharemos los asuntos del día y luego les comunicaré algo de suma importancia para la vida del régimen.

-Al ministro de la guerra:

Puede usted empezar. ¿Qué hay de nuevo?

El ministro de guerra: Mucho y malo.

-El general Palmiro f- runce el entrecejo-

Los soldados, según parece, se quejan de comer poco y mal. Y de vestir peor.

El general Palmiro, con desden: ¿Pues qué se figuraban? ¿Que el cuartel era el hotel Ritz y que les íbamos a vestir de frac? Los soldados no cuentan, general.

El ministro de la guerra: Lo se, excelencia.

El general Palmiro: ¿Y los oficiales? ¿Supongo que los oficiales no se quejarán?

El ministro de la guerra: No deberían quejarse, por patriotismo y por respeto al uniforme. Pero se quejan.

El general Palmiro, alarmado: ¿Pues qué les pasa?

El ministro de la guerra: Que desde que se suprimió el racionamiento andan de mal en peor. Antes, con el racionamiento, que vendían a las tiendas de comestibles, iban tirando y se hacían doble paga. O triple. Pero hoy, con la venta libre, se les acabó el negocio y están que echan chispas.

El general Palmiro: Habrá que solucionar tan grave problema.

El ministro de la guerra: Algunos oficiales se han puesto a trabajar.

El general Palmiro, indignado: ¿Trabajar? ¿Dice usted que trabajar? ¡Desgraciados! ¡Los oficiales de nuestro glorioso ejército no ~~han~~ ^{habían} trabajado nunca!

El ministro de la guerra: Los hay que ^{han} pedido plaza de camareros. Otros se dedican al teatro. Y los más ilustrados se ofrecen como tenedores de libros.

El general Palmiro: ¡Qué calamidad! ¡Qué bochorno! Nada, nada: hay que solucionar tan grave problema.

El ministro de la guerra: Sólo existe una solución: aumentarles la paga.

El ministro de hacienda: ¡Ah, no! ¡Eso de ninguna manera!

El ministro de la guerra, al de Hacienda: Su Excelencia es un ansioso. ¿O teme que metamos las narices en sus cuentas?

El ministro de Hacienda: Yo no temo nada. Al fin y al cabo, todos somos unos.

El general Palmiro, severamente: ¡Un poco más de decoro, señores!

El ministro de justicia, al de Estado, en voz baja: Eso es pedir peras al olmo.

El ministro de la guerra: Pues qué ^{le} aumenta el presupuesto de guerra.

El general Palmiro: ¿Qué barbaridad! No se puede aumentar el presupuesto de guerra en tiempo de paz.

El ministro de la guerra: Se podría crear un nuevo arbitrio, un nuevo impuesto.

El ministro de Hacienda: Imposible. El pueblo está ya de impuestos hasta la agrodilla.

El general Palmiro: Desgraciadamente, no estamos ya en guerra y hay que obrar ^{hasta de}

El ministro de Estado: ¡El ridi!

El ministro de agricultura, que, como es lógico en él, entiende del campo y no comprende: ¿cómo?

El ministro de Estado: El ridículo.

El ministro de agricultura: ¡ah!

El ministro de gobernación: Lo malo es que los amigos también se equivocan.

El ministro de agricultura: Pero ~~no~~ el muerto, no.

El ministro de gobernación: ¿No, eh? Pues ¿, la nariz es de cartón? ¿Qué me dice usted de las narices de cartón?

El ministro de agricultura: La idea fue buena pero dió mal resultado.

El ministro de la guerra: ¡Fue una infamia!

El ministro de justicia: ¡Una ofensa!

El ministro de instrucción: ¡Un acaramio!

El ministro de Estado: ¡Una idiotez!

El ministro de la guerra: A ^{mi} me daba vergüenza salir a la calle y quería declararme en huelga. Mi mujer, que ~~se paraba con la dicha nariz de cartón~~ al verla con la dicha nariz de cartón se paraba los días llorando, perdió diez kilos y el apetito. Sólo a mi hijo, que es un pambuco, le hacía gracia la cosa. ~~Xxxxxx~~ ¡Es muy animal!

Saludan en entrando las risas de la calle. El general, ~~se~~ ~~está~~ al verlas, no puede reprimir un parto de dispuerto.

con cierta discreción, hacer las cosas a la chita callando la industria y el comercio, o sea: los abnegados, los leales patriotas que con su cuenta y razón defendieron la buena causa y hoy se cobran su adhesión enriqueciéndose gracias a que el gobierno hace la vista gorda...

El ministro de justicia: Nos vemos forzados a ello, Excelencia. Sin la sabia política de la vista gorda no nos quedaria un solo partidario.

El general Palmiro: No, si me lo explico perfectamente. Nadie se dedica a fabricar tejidos o a explotar una mina por romanticismo. Tuvieron fé en nosotros, se pusieron de nuestro lado en momentos difíciles y hay que dejar que se enriquezcan...pero sin excederse. Para cada nueva concesión se exigirá una prima y un tanto por ciento para nuestro glorioso ejercito.

-Al ministro de la guerra-

¿Qué le parece a usted?

El ministro de la guerra: Pues que dentro de poco la Banca, el comercio y la industria nacionales serán antimilitaristas.

-El general Palmiro hace un gesto de desagrado y se dirige a otro ministro: el de Instrucción Publica-

El general Palmiro: ¿Y usted? ¿Qué trae usted de nuevo?

El ministro de instrucción publica: Los intelectuales piden que se abra el Ateneo.

El general Palmiro, furioso, descompuesto, chillando histericamente: ¿Los intelectuales? ¿Pero no estaban todos en el exilio? ¿No fusilamos a los que no pudieron huir?

El ministro de instrucción publica: Me refiero a los nuestros, Excelencia; a los afectos al régimen.

El general Palmiro, con un profundo desprecio: ¡Bah! Esos no cuentan. Esos, a callar y a obedecer. ¿Para qué quieren que se abra el Ateneo?
¿Para ir a tomar café?

El ministro de instrucción publica: Dicen que lo que les interesa es la biblioteca.

El general Palmiro: ¡Badulaques! ¡Pedantes! ¡La biblioteca! Pues que escriban sus libros sin entrar a saco en los que escribieron otros.

El ministro de instrucción publica: Dicen, los pobrecillos, que eso les es totalmente imposible. Necesitan consultar textos, hacer citas.

El general Palmiro, indignado: ¿Citas? Eso se queda para cierta clase de mujeres.

El ministro de instrucción publica: ¿Pero, Excelencia!

El general Palmiro, echando chispas: ¡A mi no se me replica! ¡Al que replica lo dimito! ¡Pues bueno fuera! Otra vez buscaré un ministro de instrucción publica que no sepa leer ni escribir.

-Un silencio. Los ministros se miran, pasmados, pero no se atreven a chistar-

Ademas, segun tengo entendido, se quemaron todos los libros de los vencidos.

El ministro de instrucción publica, timidamente: Se salvaron algunos, Excelencia.

El general Palmiro: Falta de celo. Falta de patriotismo. Di orden de que se quemaran todos. ¿Qué placer inmenso quemar los libros cuando cuando no se pueden quemar a los autores, que son todos unos herejes!

-Un nuevo silencio. Y decide el cabestro:

El Ateneo seguirá cerrado. Y la biblioteca...la biblioteca se la enseñaremos a los forasteros para que se convenzan de que amamos la cultura y cese la campaña de calumnias.

-Con una transición brusca, de amo-

A otra cosa.

-Al ministro de justicia-

Ahora le toca a usted.

El ministro de justicia: ~~Ya~~ no sé donde meter a los presos. Todas las cárceles del territorio están llenas de bote en bote.

El general Palmiro: ¡Delinquentes comunes? Me parece mucha delincuencia.

El ministro de justicia: Oficialmente, presos por delito común: robo, estafa y otras menudencias por el estilo. Pero la verdad es que ladrones y estafadores hay pocos en las cárceles. La mayoría son presos políticos.

El general Palmiro: ¡Conspiradores?

El ministro de justicia: No se atreven a tanto: por el momento, murmuradores; desafectos al régimen.

El general Palmiro, iracundo: Mano dura con ellos. Todo el que no siente amor incondicional y entusiasta por el régimen es un conspirador en potencia. ¿Dice usted que ya no hay cárceles suficientes?

El ministro de justicia: No las hay, Excelencia.

El general Palmiro: ¡Y si habilitáramos como cárcel el Ateneo?

El ministro de agricultura: ¡Magnífica idea!

El ministro de instrucción pública: ¡Genial!

-El espadon sonríe, halagado-

El ministro de justicia: Magnífica y genial idea, sí, señor. Pero la cabida del Ateneo sería insuficiente.

El general Palmiro: Pues que se construyan otras cárceles, todas las que sean necesarias. Así remediarémos el paro obrero durante un tiempo y luego, si protestan por haberse quedado sin trabajo, se mete en las cárceles los que las han construido.

El ministro de agricultura, entusiasmado: ¡Genial! ¡Genial!

El general Palmiro: No, si a mí no me faltan ideas.

-Al de agricultura-

Incluso tengo la de otorgarle a usted, por su celo en servir al régimen salvador, la gran cruz de primera clase de Santa Escolástica!

El ministro de agricultura: Mi agradecimiento a tantas bondades será eterno, Excelencia.

El general Palmiro, dirigiéndose al ministro de Estado: ¡Y el extranjero? ¿Cambia su actitud hostil hacia nosotros? ¿Nos mira con más buenos ojos?

El ministro de Estado: No, Excelencia. Excepto cuatro republiquetas americanas que viven en estado semisalvaje, los gobiernos de las grandes naciones nos desprecian y la prensa no cesa en su infame campaña de calumnias: que si somos un estado inquisitorial; que si el régimen es la más estúpida y sanguinaria de las dictaduras; que su Excelencia y los ministros, los generales y los obispos nos dedicamos alegremente al robo y hemos convertido a la nación en la caverna de Ali Babà...

El general Palmiro: ~~¿Lo dicen por mi guardia etíope?~~ ¿Qué Ali Babà es ese?

El ministro de Estado: El de los cuarenta ladrones. Pero añaden que ahora los ladrones somos más de cuarenta, muchísimos más.

El general Palmiro: ¡Bah! ¡Tonterías!

-Al ministro de agricultura-

¿Y la agricultura?

El ministro de agricultura, compungidamente: Mal, Excelencia; muy mal; rematadamente mal. Las cosechas están perdidas.

El general Palmiro: ¿Pues?

El ministro de la agricultura: La sequía, Excelencia. Hace muchos meses que no llueve.

El general Palmiro: Le pediré al cardenal primado que se hagan rogativas.

El ministro de la agricultura: Los campesinos no creen ya en las rogativas.

Vilanova,
when told

El general Palmiro: ¡Desgraciados! ¡Han perdido la fe en Dios!

El ministro de la agricultura: Por lo visto, tienen más fe en la lluvia.

El general Palmiro al ministro de Hacienda: Habrá que importar más toneladas de trigo.

El ministro de Hacienda: Imposible, Excelencia. Nadie quiere fiarnos.

El general Palmiro: No hay que apurarse: Dios proveerá. Dios es nuestro aliado, está con nosotros.

-Al ministro de industria y comercio-

¿Y usted? ¿Tampoco usted puede darnos buenas noticias?

El ministro de industria y comercio: Desgraciadamente, tampoco. Faltan las materias primas. Falta el fluido eléctrico. Las fábricas trabajan tan sólo tres días por semana. Los obreros están descontentos.

El general Palmiro: El descontento de los obreros carece totalmente de importancia. Contra el descontento de los obreros tenemos los fusiles de la policía.

El ministro de industria y comercio: Pero es que a los ^{naturales} amos les pasa lo mismo que a los obreros.

El general Palmiro, asombrado: ¿Los amos? ¿También están descontentos?

El ministro de industria y comercio: También, Excelencia.

El general Palmiro: ¡Idiotas! ¿No comprenden que deben estar, si no quieren perderse, a nuestro lado? ¿No comprenden que amos y gobernantes todos somos unos?

El ministro de industria y comercio: El Sindicato les obliga a pagar a los obreros, trabajen o no trabajen.

El general Palmiro: ¡Que barbaridad! ¡Que demagogia!!

-Al ministro de justicia, severamente-

¿Como tolera usted tan sedicioso sindicato? ¿No habíamos acabado con todos?

El ministro de justicia: Se trata del S.O.P.C., del Sindicato Obrero Patriótico Cristiano, bien visto por la Iglesia y afecto al régimen.

El general Palmiro: Eso es otra cosa... Sin embargo, sería preferible que la Iglesia nos dejara las manos libres en asuntos que la atañen directamente. Soy patriota y cristiano como el que más, soy el Primer Patriota de la nación y el Primer Cristiano, pero... pero forzoso es confesar que la Iglesia abusa un poquito. Resulta muy cómodo pagar a los obreros los días que por falta de fluido eléctrico no pueden trabajar. Resulta muy cómodo cuando paga otro.

El ministro de Estado: Al lanzarnos a la guerra, la Iglesia, Excelencia, le pidió a Dios la destrucción de nuestros enemigos y bendijo nuestras armas.

El general Palmiro: Ya lo sé, ya lo sé.

El ministro de la guerra: Pero ahora se cobra con usura las bendiciones.

El general Palmiro: No podemos dejar a los ^{naturales} en la estacada. No podemos permitir que estén descontentos.

El ministro de industria y comercio: Pero tampoco podemos ponernos a mal con el Sindicato. Los obreros, ~~cristianos o herejes~~, no cuentan y con ellos acabariamos pronto. Pero es que los del Sindicato tienen con ellos una fuerza invencible: Nuestra Santa Madre la Iglesia Católico Apostólico Romana.

El ministro de la guerra: ¿Quien les meterá a los curas en camisa de once varas?

-El general Palmiro le mira con enfado-

El ministro de industria y comercio: Son muy cucos, muy ladinos. Piensan en el mañana y con su suave política de hoy quieren hacer olvidar su belicosa política de ayer.

El general Palmiro, iracundo: ¿No que temen que el régimen se venga abajo? ¿No que creen posible un cambio de régimen? ¡Pues se equivocan! ¡Hay Palmiro para rato!

El ministro de agricultura, con entusiasmo: ¡Y palmiristas, Excelencia!

Los otros ministros, no tan entusiasmados: Y palmiristas.

El ministro de agricultura, poniéndose en pie y a voz en grito: ¡Palmiro! ¡Palmiro! ¡Palmiro!

Los otros ministros, imitándole: ¡Palmiro! ¡Palmiro! ¡Palmiro!

El general Palmiro: Gracias. Gracias, señores. Su patriotismo me emociona. Con semejante patriotismo yo, el general más general de todos los generales, y ustedes, los ministros más ~~importantes~~ *importantes* y ~~abnegados~~ *abnegados* de todos los ministros, seremos vitalicios. ¡A santo de qué los cambios, de ministerio o de régimen, si somos el cogollo, la flor y nata, lo mejor de lo mejor? Nada, nada: a seguir unida patrióticamente al carro del Estado, y a procurar sacarlo del pedregal. Les anuncié antes de empezar el consejo que tenía algo importante que comunicarles. *C*

~~Pulsa~~ un timbre. Comparece un ujier.

Que pasen esos señores.

-Se retira el ujier-

He llamado a consulta, para someterles un caso gravísimo, a los tres sabios más importantes de la nación. Porque, aunque nuestros adversarios afirman cínicamente que matamos o metimos en la cárcel a todos los ~~iracundos~~ *iracundos*, todavía nos quedan tres.

-Entran, introducidos por el ujier, tres señores muy graves, muy solemnes.

~~Saludan~~ Saludan, torpemente, con grandes reverencias.

Sientense ustedes, señores. Les he llamado porque se trata de un caso que no pueden resolver mis ministros. He hablado de ello con mi mujer, que es, después de Dios, mi consejera, y ella me ha sugerido la idea de recurrir a ustedes. La patria necesita el concurso de sus más doctos y preclaros varones.

-Los tres estafermos se inclinan, como los fantochines del Quijote, en nuevas reverencias.

El pueblo no nos quiere.

El ministro de Estado: Naturalmente. El pueblo no quiere nunca a sus gobernantes. Pero eso no tiene importancia, pues, al fin y al cabo, se gobierna siempre contra el pueblo.

El general Palmiro, después de mirarle con enojo al ministro, repite: El pueblo no nos quiere.

-Y prosigue:

Quiso ser libre y, por tan insolente y grave delito, le condenamos al hambre, le dimos de palos, le sometimos a un severo régimen policiaco. Debería estar acogotado, ~~millado~~ *millado*, triste, hipocondriaco. Y no lo está. Hace chistes, inventa historietas cómicas y ¡canta!

-Horrorizado, presa de histérica indignación-

Tal como se lo digo a ustedes: ¡canta!

-Los ministros y los sabios se miran sin acertar a explicar la indignación del general *Las risas, en voz alta* -

Ampliar desde aquí

alguna

¡canta!

C. Se trata de la risa, de una epidemia de risa irreverente, insueto, criminal.

El ministro de Gobernación, tímidamente: Rememore su Ex-
celsa al decreto en que se obligaba a todos los
ciudadanos al uso de ...

- No atreviéndose a decir más,
se toma la nariz. Lejana, las
carcajadas.

El general Palmiro: Fue con buen fin. Había que ha-
cerlo posible y lo imposible para que el
pueblo se riera.

El ministro de la guerra, furioso: ¿se ríe?

El general Palmiro, ~~aviso~~: Pero se excedió en la
risa.

El ministro de Gobernación: El pueblo se excede
siempre, Excelsa.

El general Palmiro: ¿a mí no me portan los ex-
celsos. Retire, para acabar con las risas, las
narices de cartón.

El ministro de Gobernación: Demasiado tarde. El
pueblo sigue riéndose.

- Las carcajadas -

El general Palmiro: ~~¿a mí no me portan que se ría.~~
No puedo que se ría.

El ministro de Estado: Se ríe y, además, canta.

El general Palmiro: No puedo que cante. Soy el
amo y pienso declarar la guerra a
la risa y a la canción

- Las carcajadas, más fuertes.

El general Palmiro publica un

El ministro de justicia: Canta porque no tiene ~~xxxxxxx~~ vergüenza ni dignidad.
El ministro de instrucción pública: O para consolarse. Quien canta su mal espanta.
El ministro de la guerra: El nuestro es un pueblo muy terne y con mucha vitalidad. No hay peste que acabe con él.
El general Palmiro: Cantan los obreros sin trabajo, los niños sin juguetes, las mujeres hambrientas, los presos que van a morir. Me han asegurado que incluso cantan los sepultureros.
El ministro de Estado: ¡Bah! Dejémosles cantar.
El general Palmiro, ~~francisco iracundo~~: ¡No! No no quiero que canten. Yo no quiero que estén alegres.
El ministro de Estado: Puede que, apesar de los cantos, no lo estén.
El general Palmiro: ~~No lo están; ¿qué que no lo están por que no se rien nunca. Pero cantan y su canto sale disparado como una bala. Cantan y su canto es un "trágala", una provocación. Quiero que estén callados, que enmudezcan; no quiero que canten; no quiero que estén alegres o que lo finjan. La alegría de los vencedores, no de los vencidos. Se lo quitamos todo: el pan, la libertad, pero les queda la alegría, la alegría de vivir, que se nutre de la esperanza y es una alegría siniestra, que da miedo.~~
El ministro de justicia: Acabemos con ella a tiros. O pongamos bozal a los cantores.
El general Palmiro, algo más calmado: Yo tengo otra solución más radical. Vamos a ver: ¿porqué cantan? Esto es lo importante, lo más importante: saber porqué cantan, buscar el motivo, la causa. Si se ignora la causa no se puede encontrar el remedio. Yo señores ~~con~~ la ayuda de Dios y de mi mujer, creo haberla encontrado. Cantan porque que viven en un decorado demasiado riente, demasiado luminoso; en un clima demasiado benigno. Hemos procurado, con la más buena voluntad del mundo y con un tesón digno de todos los elogios, ennegrecer el decorado: las calles llenas de policía, las reatas de presos, los consejos de guerra, las cárceles, el fusilamiento y el garrote vil. Pero en Primavera el cielo sigue siendo azul, el aire es templado, hay sol, hay flores, la tierra parece resucitar a la vida. Y con ella, despues del frio del invierno, resucitan las canciones, que nacen de la esperanza. Esos miserables saben que llega siempre la Primavera. Y yo quiero que para ellos no llegue nunca más. Yo quiero, mando ~~xxxxxxx~~ que sus vidas sean vidas sin Primavera.
-Una pausa. Los ministros y los sabios siguen sin comprender y se miran unos a otros y le miran al espadón, muy atribulados: ¿la Primavera? Una mozueta impúdica y harto ligera de ropa que retoza tontamente y encalabrina a las gentes de poco seso. Nosotros ~~los ricos~~, los amos, los graves varones de esta patria austera, ¿para qué la queremos? Con buenos abrigos, casas confortables y mesa bien provista no necesitamos para nada la Primavera. La Primavera no es una cosa seria. La cantan los poetas en los Juegos Florales. Aquí no queremos cantos ni poetas. Quedan suprimidos los poetas.
El ministro de justicia, sonriendo babosamente: Los suprimimos hace tiempo, ~~ti-ros calencia~~.
El ministro de Estado: Algunos lograron escapar y nos mandan desde el extranjero ramilletes de flores nada cordiales.
El general Palmiro: Esos no cuentan. ~~Repullos. Hija de puta.~~
El ministro de Estado: Quedan tres o cuatro, afectos al regimen.
El general Palmiro: Esos cuentan menos y nadie les hace caso. ¿Que se vayan al

18 de mayo
17 de mayo

Siempre

Los ricos

^W
El ministro de Instrucción Pública, en un bote, al de
La Jenera: ¡La nariz de cartón abrió el pico de la
riva!

cuerno!

~~-Con una transición-~~

Me preocupan los otros, los que sin ser poetas, en vez de llorar y cubrirse con la ceniza de la penitencia, cantan ~~sin ver del~~ ^{no cantan} por oficio; Con qué afán esperan la llegada de la Primavera! Hay que obligarles a que no esperen nada. Hay que arrancarlos de cuajo la mala hierba de la esperanza. Quedan suprimidas la canción, la burla, la risa.

~~-Con un odio atroz que pone temblores desgarradores en su voz-~~

Queda suprimida la Primavera.

^{inquietos,}
-Los ministros y los sabios, pasmados, creyendo dolo loco, le miran al General. Este, dirigiéndose a los sabios, recalca:

¡Queda suprimida la Primavera! ¿Han comprendido ustedes? Hasta nueva orden me van a suprimir ustedes la Primavera en toda la extensión del territorio. ~~Ordene~~ ^W mundo y que se haga pronto.

^{¡miro!}
-A pesar de su piel dura, los ministros se sienten avergonzados ante la insensatez del amo. Los sabios se miran atribuladamente sin saber que hacer ni que decir.

~~Al~~ fin, uno de ellos balbucea timidamente unas palabras-

Un sabio: Pero...pero, medite Su Excelencia...

El general Palmiro, ~~talante~~: Los Excelencias no meditan: ordenan.

El ministro de justicia: Pero si se suprime la Primavera no habrá flores.

El general Palmiro: Nos pasaremos sin ellas. Al fin y al cabo, no son comestibles.

El ministro de justicia: Nos pasaremos sin ellos, sí, señor. Pero, ¿y los santitos de los altares van a quedarse sin flores?

El general Palmiro, ~~severamente~~: En ~~nuestra~~ patria, señor ministro, Dios y los santos pueden prescindir de las flores de tierra: les basta con las ^{de} del alma.

El ministro de Estado: ¿Y qué van a comer los subditos?

El general Palmiro: Lo que se importe del extranjero: conservas. Los Estados Unidos podrán suministrarlas. ~~Como los Estados Unidos~~. En los Estados Unidos, el país más civilizado del mundo, sólo se comen conservas.

El ministro de industria y comercio: ¿Y las bestias? ¿Qué van a comer las bestias?

El general Palmiro: Conservas, como nosotros.

El ministro de agricultura, muy atribulado: Pero, permitame Su Excelencia...sin Primavera no hay agricultura posible.

El general Palmiro: Nos pasaremos también sin agricultura.

-El ministro pone una cara muy triste-
Pero no tema usted: conservaremos el ministerio.

-El ministro de justicia sonríe, regocijado.

El general lo ve y añade: -

Con el de justicia hicimos lo mismo.

-A los sabios-

Desgraciadamente, no puedo, con todo mi poder, suprimir la Primavera, que no se suprime por decreto. Por eso les he llamado a ustedes; por eso recurro a ~~la~~ ^{la} ciencia, que lo puede todo.

Uno de los sabios: Menos lo imposible, Excelencia.

El general Palmiro: En la época de la desintegración del átomo no existe lo imposible. La política es el arte de eliminar lo imposible, de saltárselo a la torera.

Otro de los sabios: Pero ~~es que~~ la ciencia es cosa mucho más seria que la política.

ca. *in unidad*

El general Paladino: Por ~~que es se~~ recurro a ella. O sea: a ustedes. Ustedes son los sabios más sabios de la nación y los sabios lo pueden todo. Quiero que puedan suprimirme la Primavera. Si no lo consiguen creeré que su ~~enorme~~ sabiduría es una encañifa, una estufa indecente, y los mandaré fusilar.

-A los sabios-

Pueden ustedes retirarse.

-A los ministros-

El consejo ha terminado.

substitución al régimen o que

La abuela y el nieto acaban de llegar a su casa triste. Vienen de mendigar. La abuela vacía el capacho encima de la mesa: unas pocas patatas, un pedazo de pan seco.

Atardece

La abuela, contemplando el mísero botín: Poco es, pero menós da una piedra.

El nieto: ¡Hoy podremos cenar, abuela?

La abuela: Pues claro que sí.

El nieto: ¿Y mañana también?

La abuela: ¡Quién sabe! Mañana está muy lejos.

El nieto, asombrado: ¿Muy lejos?

La abuela: Pertenece al futuro y nosotros no tenemos futuro, no tenemos mañana.

El nieto: Eso no puede ser, abuela. Vendrá la noche, que está ya al caer, y después de la noche llegará la mañana vestida de luz. Y un día la luz de la mañana será más resplandeciente que nunca, y las ramas de los árboles aparecerán las hojas: unas hojas pequeñas, de un verde casi blanco, y en los prados habrá flores y pájaros en el cielo. Y ya no hará frío y ~~ya~~ ni tendremos que correr los caminos pidiendo limosna. Entonces será bueno vivir, abuela. Será como un milagro, como uno de esos milagros tan ~~hermosos~~ de los cuentos de hadas.

La abuela, ~~asombrada~~: De milagro vivimos.

El nieto: ¿Ahora? ¿Hoy? ¿Con frío y mendigando?

-La abuela calla. El nieto la ~~contempla~~ ^{mira} esperando que le descifre el enigma.

Aparece Casiano el loco con un haz de retamas secas que deja en el suelo, ~~muerto~~ ^{muerto} al hogar.

Casiano el loco: Para que no ~~apaseis~~ ^{paséis} frío.

La abuela: Gracias, Casiano. Eres muy bueno. ¿Porque serás tan bueno?

Casiano el loco: Pues no lo sé. Quizá porque estoy loco.

El nieto: Dime, abuela: ¿que quiere decir vivir de milagro?

La abuela: Morirse de hambre.

-El niño la mira sin comprender. El loco se rie.-

El nieto: Tengo frío.

Casiano el loco: Ha nevado en la montaña.

La abuela: ¡Cuanto tarda este año la Primavera!

Casiano el loco: ¿La Primavera? ¿Esperáis la llegada de la Primavera? Inútil espera. Va no volverá. Se fué al otro mundo.

La abuela: ¿Cómo que se fué al otro mundo?

Casiano el loco: Pues que la mataron.

La abuela, mirándole con pena al loco: ¿Dices que la mataron? ¿A la Primavera?

Casiano el loco: A la Primavera, sí. Yo la vi morir. La ~~mataron~~ ^{mataron} los sensatos; los ~~que~~ ^{que}, no pudiendo con su sensatez, desencadenaron la guerra. Llegaron una mañana clara, llenando el aire de estampidos, corriendo la polvora. Maniataron riendo, a los que lloraban; los llevaron hasta la tapia del cementerio y los fusilaron. La Primavera cayó con ellos. Tenía una rosa de sangre en el pecho.

XIV

En casa del alcalde del pueblo. Encima de una cómoda, presidiendo, una imagen de la Virgen ante la cual montan la guardia dos floreros con flores de trapo. En la pared, ni que decir tiene, un gran retrato del general Palmiro.

~~En una mesa de las llamadas de ministro, vieja y fea-a tono, con el resto del mobiliario: dulces, copas y unas botellas de vino.~~
En el salón del monterilla se han reunido, para recibirle al nuevo teniente de la Guardia Rural, que acaba de llegar, los notables del pueblo: el cura, el boticario, el maestro de escuela, el médico, el rico propietario, el militar retirado, la esposa del boticario, la del militar retirado, etc, etc. Fauna desagradable y peligrosa, bichos que se dicen domésticos pero que están por domesticar, amalgama de lo grotesco con lo siniestro. Diríase un aquelarre ~~viático~~ Palmiro.

El alcalde: La verdad, señor teniente: tenemos miedo.

La alcaldesa: Un miedo espantoso, señor teniente.

El cura: Yo, por las noches, no me atrevo a llevarles el viático a los que agonizan fuera del pueblo.

La esposa del boticario: Las personas honradas, las que amamos el orden y la religión, nos morimos de miedo.

El médico: Antes, cuando alg ien nos hablaba de que el monte estaba infestado de rebeldes que cometían sin número de fechorías, nos encontgiamos de hombres diciendonos, para tranquilizarnos: ¡ Los del monte? ¡ Patrañas! ¡ Fantasías! Como no los veíamos nunca aparecer por aquí, no creíamos en su existencia.

La alcaldesa: Pero cuando aparecieron por fin... ¡ Qué horrible, señor teniente! ¡ Horrible! Llegaron a media tarde. La plaza estaba llena de gente. En la puerta de la casa-cuartel, el teniente hablaba con los ~~xxx~~ guardias que iban a salir de servicio... Sonaron unos disparos y el teniente y los guardias cayeron.

El teniente: Sí, ya sé.

La alcaldesa: La gente corría enloquecida en todas direcciones, gritando: ¡ Los del monte! ¡ Son los del monte!

El teniente: ¡ Pero como, habiendo tanta gente en la plaza, pudieron escapar?

El médico: La confusión, el ~~riodo~~ panico...

El cura: Si Dios no lo remedia acudiendo en nuestra ayuda, estamos perdidos.

El boticario: Tiene razón el señor cura: estamos perdidos.

El maestro de escuela: ¡ Caro vamos a pagar el triunfo de nuestra santa causa!

El rico propietario: Ya lo estamos pagando.

La esposa del rico propietario: ¡ Dios mio, no abandones a los pobrecitos ricos, que tanto te amamos!

El alcalde: Será mejor que le dejemos tranquilo a Dios y procuremos salir del atolladero sin su ayuda.

~~Al teniente-~~

Necesitamos guardias, muchos guardias.

El teniente: Con los que he traído me basto y sobro. Son tios a los que no se les arruga el ombligo; tios con muchas pelotas. Pero habrá que ayudarnos, tendrán que colaborar ustedes. Es decir; ustedes, no: los mozos. ¡ Son muchos?

El alcalde: Bastantes.

El teniente: ¡ Afectos al régimen?

El médico, que, cuando no tiene miedo, es un guason: Afectísimos seguros servidores.

El teniente, que no se ríe nunca: ¡ Tienen arma?

El alcalde: Todos.

El teniente: Que se presenten con ellas en la casa-cuartel. Desde mañana patrullarán todas las noches por el pueblo y sus alrededores en grupos de cinco.

El alcalde: ¿Dice usted que por las noches?

El teniente: Si, señor.

El alcalde: Pero es que... Es que apenas anochece las gentes se encierran en sus casas y no se atreven a salir hasta que asoma el día.

El teniente: A eso le llamo yo...

-A las señoras-

y ustedes perdonen... falta de redacción. Pero esto se acabó. Estamos otra vez en pie de guerra y hay que dar ~~la~~ *la* ~~caña~~. Desde mañana, el pueblo a oscuras y patrullas durante la noche. La semana próxima daremos la primera batalla en el monte ~~para limpiarlo~~ de fieras.

¡ lo limpiaremos

=====

XVI

El monte. Un claro en el bosque. Amanece y los picachos nevados se pintan de rosa.

Los guerrilleros combaten con un pequeño destacamento de guardias rurales. Descargas cerradas, ráfagas de ametralladoras.

Llegan unos guerrilleros llevando herido a uno de sus compañeros. De cuando en cuando el viento cimero arrastra nubes de humo que levanta del suelo ^{y desgracia} en las copas de los árboles.

Llegan el capitán y un grupo de insurgentes custodiando al Teniente de la Guardia Rural, que anda cojeando. Ha cesado el tiroteo.

El capitán se sienta en una piedra.

~~El capitán, al oficial prisionero:~~ Supongo que estarás satisfecho. ¿No tenías tantas ganas de dar con los ~~del monte~~ ^{del monte}? Ya diste con ellos. Tú, según tengo entendido, te ~~pareces~~ ^{pareces} de no hacer prisioneros. Nosotros, tampoco los haremos: no sabíamos donde meterlos. En el monte no hay cárceles como en las ciudades. Tú serás la excepción de la regla.

El teniente de la Guardia Rural: ¡Bandidos!

El capitán: Tú serás nuestro prisionero. Lástima que no podamos guardarte algún tiempo ~~entre nosotros~~.

Pedro, ~~asombrado~~: ¿Piensas soltarlo?

El capitán: Pues claro que sí.

-Murmullo de disgusto entre los guerrilleros, cuyo número va aumentando con los que llegan algunos con los uniformes y el armamento de los guardias caídos una vez terminado el combate.

Pedro: Me parece un disparate. Muerto el perro, acabada la rabia.

~~El capitán, a los guerrilleros recién llegados. ¿Se acabó?~~

~~El Rana: No ha quedado ninguno de acabo, sí.~~

*Contra tu parecer
hace*

~~Dejan los guerrilleros en el suelo los uniformes, las botas, los gorros, las armas de los muertos-~~

El capitán, a Pedro: ~~Pues, sí~~ le voy a soltar. ¿Qué harían en el pueblo sin él? No podemos privarles de un valiente como este.

-Al Rural-

Porque, ~~según~~ ^{ya se} tengo entendido... aquí nos enteramos de todo, ...eres un valiente.

Pedro: Valiente ~~de~~ ^{un valiente} ~~de asesino de mujeres y niños.~~ *Valentía de chulo.*

El capitán, a Pedro: Calma, calma.

-Al Rural-

Le aseguraste al alcalde, ese pollino, que acabaría con los del ~~XXV~~ monte. Lástima grande que no lo hayas logrado, ¿verdad? Fuiste demasiado ambicioso. Con los del monte no acaba nadie: ni tú, tan valiente. Seremos los del monte quienes acabaremos contigo.

Pedro: ~~Entonces, ¿le pegamos cuatro tiros?~~

El capitán: No. ~~Hoy que soltarlo~~ ^{hoy que} ~~soltaréis~~ ^{soltaréis} ~~lo soltaréis~~ ^{lo soltaréis}. Quiero que, al verle, el miedo de los del pueblo sea un miedo terrible, pavoroso, que les hunda en la locura.

-Al Rural

Hoy acabaron para siempre tus baladronadas. Hoy acabó para siempre tu valentía. ¡A ver, vosotros!

-A unos guerrilleros-

Le cortareis la lengua. Le cortareis las manos. Y lo pondreis, para que regrese al pueblo, en el lindero del bosque.

ampliar

-Al Rural

¿Que? ¿Te parece una salvajada? A mi tambien Pero vosotros las
hicisteis peores, mucho peores, mil veces peores.

=====

XVI

El hall del teatro de la Opera. Noche de gala en honores del General Palmiro

Mucho frac. Mucho uniforme. Las señoras, cargadas de joyas; los hombres-decir los caballeros seria extralimitarse y mentir descaradamente-cargados de condecoraciones.

El jefe del cuarto militar del general, al jefe superior de policia: ¿Se han tomado todas las precauciones?

El jefe superior de policia: Todas. Tengo en el teatro trescientos agentes.

El jefe del cuarto militar del general: ¿Y en las calles?

El jefe superior de policia: Tambien. En todas las casas de las calles por donde pasará Su Excelencia, en los áticos y en las porterías, hay numerosa vigilancia. Además de la Guardia Etiope, que es muy decorativa pero de la que no me fio, abre y cierra el séquito un pequeño destacamento de policia motorizada. *indiscutible,*

El jefe del cuarto militar del general: ¿No serán excesivas tantas precauciones? ¿No dirán las gentes que Su Excelencia tiene miedo?

El jefe superior de policia: La vida de Su Excelencia el general Palmiro es preciosa, casi sagrada y todas las precauciones contra un posible atentado son pocas.

El jefe del cuarto militar del general: ¿Usted cree en la posibilidad de un atentado?

El jefe superior de policia: Hemos evitado ya mas de uno.

El jefe del cuarto militar del general: ¿Entonces...?

El jefe superior de policia: Cunde el descontento, mi coronel.

El jefe del cuarto militar del general: Entre el bajo pueblo, me lo figuro.

El jefe superior de policia: No, mi coronel. Es decir, sí, mi coronel. Pero, además de entre el bajo pueblo, cosa que no tendria la mas minima importancia, entre la aristocracia, la burguesia, los comerciantes, los funcionarios.

-Con desolación de monigote-

Temo que incluso entre mis subordinados.

El jefe del cuarto militar del general: ¿Pero, hombre!... *régimen y de*

ministros, los El jefe superior de policia: ¿Sabe usted de donde salen los chascarrillos y las historietas que hacen bafa y escarnio de Su Excelencia? ¿De los circulos aristocráticos? ¿Sabe donde se imprimen las hojas clandestinas destinadas? ¿En la imprenta del Diario Oficial? ¿Sabe cómo llegan las que nos mandan los emigrados? ¿Por la valija diplomática!

El jefe del cuarto militar del general: ¡Inaudito!

El jefe superior de policia: No diré lo que se conspira en los cuartos de banderas... No me atreveré a decirlo... pero sí diré que cada dia son más los oficiales que se arrepienten de haber tomado parte en la sublevación...

El jefe del cuarto militar del general: ¿Está usted seguro?

El jefe superior de policia: Segurísimo. Y puedo añadir que tambien la Iglesia empieza a volvernos la espalda. Y esa si es mala señal, porque los curas gozan fama de tener buen olfato.

El jefe del cuarto militar del general, ~~escandalizado~~: ¿Tambien los curas?

El jefe superior de policia: Tambien.

El jefe del cuarto militar del general: Los curas, ~~la aristocracia~~ la aristocracia, la burguesia, el ejercito; en una palabra: las fuerzas vivas, las columnas de la sociedad. ¡Absurdo! ¡Increible! ¿De que se quejan?

El jefe superior de policía: No se quejan. Tienen miedo. El miedo está haciendo estragos en las columnas de la sociedad.

El jefe del cuarto militar del general: ¿Miedo a qué? ¿A quién?

El jefe superior de policía: Al mañana, a lo que puede estallar el día menos pensado, a la desesperación de los vencidos.

El jefe del cuarto militar del general: ¡Que estupidez!

-Oyense en la calle unos vítores, unos aplausos-

¿Y esas aclamaciones? ¿Y esos aplausos? ¡Es el pueblo que vitorea al general!

El jefe superior de policía: No, señor: son mis agentes, que esta noche se han disfrazado de persona. Los generales, como los tenores, también tienen claque.

-Voces de: "¡Ya llega! ¡Ya llega el general!"

La concurrencia abre calle para que pase el salvador de la patria.

La marquesa de Tal, a su marido: Cada día me hacen menos gracia las fiestas en honor del general.

El marqués: ¿Pero, mujer, por qué?

La marquesa: Porque temo que acaben como empezaron: a tiros.

-Llegan, con numeroso séquito y vestidos de gran gala-él de uniforme; ella con traje de noche, diadema (con más gusto llevaría ~~el~~ ~~la~~ ~~una~~ corona) collar de perlas, brazaletes, sortijas...-el General Palmiro y su mujer.

La condesa de Cual, pasmada, a su marido: ¡Pero si es mi collar de perlas! El que di, quieras que no, para las Navidades de los ~~huérfanos~~ ~~de la guerra~~ ~~rra~~! ¡Vaya urraca nos ha salido la Generala!

-El conde, que no quiere ~~hacerse~~ ~~los~~ ~~lios~~, la pellizca en el brazo.

Himno. Brazos en alto. Gritos sincopados de:

"¡Palmiro! ¡Palmiro! ¡Palmiro!"

La hija del nuevo rico, a su padre: Papá: ¿Porque siempre le llaman tres veces al buen señor? ¿Es que es sordo?

El nuevo rico, vestido de frac pero ~~con~~ ~~un~~ ~~gran~~ ~~gusto~~ ~~que~~ ~~una~~ ~~ristra~~ ~~de~~ ~~ajos~~: ¡Callate, mocosa, que si te oyen a mi retiran los permisos de importación y a ti te afusilan!

- ¡pero no le llaman más!

XVII

La celda de la cárcel. Por los sucios cristales del ventanuco entra la luz fría y gris de la tarde.

El comerciante: ¿No tienen ustedes frío? Estamos a fines de Abril y hace frío, ~~xx~~ verdadero frío. ~~¡Cosa más rara!~~

El joven: Por lo visto, también los elementos andan trastornados.

El viejo: Tiene razón el señor. Hace frío. ¡Cuanto tarda este año en llegar la Primavera!

El joven: La habrán encarcelado por faltas a la moral. ¡Como la linda doncella suele presentarse con tan poca ropa!

~~El viejo sonríe.~~

I pulchra

El régimen del general Palmiro impone la moralidad más rígida y severa. De los parques han desaparecido las estatuas que sólo llevaban, como traje, una hoja de parra. En las playas las señoras se bañan con camison de dormir. Ya Jesús crucificado y a los santos que, como San Sebastían, vimos siempre desnudos les han puesto chaleco de fantasía y calzoncillos. Nunca hubo en nuestro país tanta moralidad como ahora. Ni tanta prostitución y pornografía como ahora.

El comerciante: ¡Calumnia! ¡Calumnia vil! El general Palmiro, cuya vida nos conserve Dios muchos años, es un caballero cristiano y su régimen lo ha bendecido Nuestra Santa Madre la Iglesia católico-apostólico-romana.

El ladrón, con desgarro: Callate la boca, lechuzo. Mientras tú te pudres en la cárcel seguro que tu mujer y tu hija estarán puteando por ahí.

El joven, al comerciante: Pero, hombre, cómo es posible que a pesar de lo mal que le tratan siga usted siendo palmirista?

El viejo: Pues porque si dejaba de serlo no sabría que ser.

El montañés, en un rincón: Ya me está incordiando el palmirismo de este tío. Palmirismo de cretino. O de aficionado a verdugo.

El comerciante: ¿Es que aquí no se puede opinar libremente?

El montañés, yéndose a él, amenazador: Ni aquí ni en parte alguna donde mande Palmiro.

El viejo: Déjele usted. No vale la pena.

El ladrón, al joven: ¿Porque ha dicho usted que lo tratan mal? ¡Por haberle metido en la cárcel? Es más ladrón que yo. A pesar ~~de~~ de dárselas de persona decente, es más ladrón que yo.

El comerciante, acurrucado en un rincón: Lo que más me duele, lo más intolerable es la compañía que me han dado. A un caballero como yo!

El montañés: No te apures, monada: cuando salga te llevaré conmigo al monte. Allí no tendrás frío.

El viejo, frotándose las manos: La verdad es que no nos vendría mal una estufita.

-Se abre la puerta de la celda y un oficial de prisiones mete dentro de un empujón al Ciego cantor.

El oficial: Ahí va un nuevo ingilino.

-Sale cerrando la puerta. El viejo avanza a tientas y tropieza en las piernas del ladrón tendido en el suelo.

El ladrón: ¡Eh, compadre! ¿Es que está usted ciego?

El ciego cantor, más que viejo, envejecido, que habla con acento extranjero: Pues, sí, señor: ciego. Soy ciego. Discúlpeme usted.

El viejo, cogiéndole del brazo al ciego: Por aquí, venga por aquí, compañero.

L / H. *inter*, no!

Cal de nuevo hosped

-le sienta en el suelo y el se sienta a su lado. Los otros presos, excepto el comerciante, que sigue enfurruñado en su rincón, le rodean.

El ciego cantor: Esto ~~debe~~ ^{una} ser la cárcel, ¿verdad?

El viejo: Si, señor: la cárcel.

El joven: ¿Qué ~~habrá~~ hecho usted para que le traigan aquí a pesar de ser ciego? Debe tratarse de un error.

El ciego cantor: No, ~~no se trata de un error.~~ *Temo que no.*

El montañés: Supongo que no le ha pegado usted cuatro tiros al general Pal-miro.

El ciego cantor: No sé quién es ese general.

El joven: El amo.

El ciego cantor: Yo no puedo pegarle cuatro tiros a nadie: me falta lo principal.

El ladrón: ¿La pistola?

El ciego cantor: La vista.

-Un largo, un penoso silencio-

El viejo: ¿Ciego de nacimiento?

El ciego cantor: No, señor: de un accidente en la mina. ~~Porque~~ yo era minero.

~~-Con ingenuo orgullo-~~

Un buen minero, ágil y fuerte. Y un hombre alegre, enamorado de la vida.

enarentin
El joven: ¿A pesar de su oficio de minero?

El ciego cantor: O precisamente por él. El de minero es un ~~bello~~ *hermoso* oficio. El minero, al volver a la luz, terminado el trabajo, parece nacer cada día. Los demás hombres sólo nacen una vez. Y algunos quisieran no haber nacido.

-Un silencio-

Tenia una novia, íbamos a casarnos pronto. Decía quererme mucho pero cuando sucedió la desgracia se fué con otro. Hizo bien y no le guardo rencor a la pobrecilla. ¿Qué habría sido de ella conmigo, ciego y sin poder valerme? Los primeros tiempos me sentí muy desgraciado. La luz se había apagado para siempre en mi vida. Era como si me hubieran condenado a no salir nunca más de la mina. Algun domingo venían los compañeros a verme. Después se cansaron y dejaron de venir. No tenía la pensión de accidentes del trabajo porque el ingeniero y el capataz se las arreglaron de manera que pudiesen probar que yo era el único ~~candente~~ *candente* del accidente. Los ingenieros y los capataces pueden, cuando le conviene a la compañía, probar lo que les da la gana. ¿Qué le vamos a hacer! En casa era un estorbo, una boca de más. Tenía un solo amigo: el perro, un perro que me quería mucho y antes me acompañaba a la mina y, después, cuando me quedé ciego, no se movió de mi lado. ¿Como saben querer los animales! Y tenía el acordeón, mi acordeón. Con él me iba a tocar cuando había boda o bautizo en el poblado minero. O cuando los mozos armaban un baile en la plaza. Los días de trabajo, sólo en casa, tocaba para mí. Fue entonces cuando empecé a cantar. Antes del accidente no sabía. Después, sí. Con los pájaros sucede lo mismo: les ciegan con un hierro candente para que canten mejor. Un día me cansé de mi vida triste en la casa triste y me fui con el perro a correr los caminos del mundo cantando. Y de pueblo en pueblo llegué a vuestra tierra.

Mal le han hospedado a usted en ella.

¿Pero por qué le han metido preso?

enarentin
El viejo:

El joven:

El

El ciego cantor: Me dijeron que porque cantaba.

~~-le miran con extrañeza-~~

El joven: Se lo dirian en broma.

El ciego cantor: No creo, porque en ningun pais las bromas llevan a la carcel. No, no; me lo dijeron muy en serio y en muy mala forma.

El viejo: Será que han suprimido la mendicidad.

El ciego cantor: No, señor, porque yo no pedia. Pedir, nunca. No sabia, no podria. Simplemente; cantaba, ^{es} que una manera de trabajar como otra cualquiera. Al que me alargaba una moneda le daba las gracias y en paz. No, no; no han prohibido la mendicidad. Un cojo fingido, caballero de no sé qué, que pedia por Dios, me dijo que la mendicidad se habia convertido, de un tiempo a esta parte, en la industria nacional. Se ~~no~~ puede pedir, pero no se puede cantar. Lo han prohibido por decreto.

maranti

¿Es que el pais está de luto?

El joven: Si, señor. De luto: de luto por la decencia y la dignidad.

El ciego cantor: Lo que siento de veras es que me hayan separado del perro. ¿Qué le haré sin mi el pobrecillo? ¡Como me queria! ¡Y como le queria yo que ya solo podia quererle a él!

=====

Por que por. Titiruy en mayo
XVIII

Las comadres se han reunido en casa de la abuela. Prima hora de la tarde, de una tarde ~~xx~~ fría con viento que bate el llano.

En el hogar ~~arde~~, como en pleno invierno, ~~el~~ fuego.

La abuela, arvebujada, ~~en las otras comadres, cabe el fuego:~~ ¡Que cosa más rara! Estamos en abril...

~~-A una de las comadres-~~

~~¿Estamos en abril, verdad?~~

~~La comadre: En abril, ~~si tu mayo. a octubre.~~~~

La abuela: ~~y el invierno no se decide a marcharse.~~

Otra comadre: Hace frío, verdadero frío, como en pleno invierno.

La abuela: Por las mañanas el campo ~~(con una capa de escarcha, como en diciem-~~
~~bre.~~ *amanece*)

Una comadre: Y, como en diciembre, nos visita la nieve. La lluvia en el llano es nieve en el monte. Y a veces también en el llano.

Otra comadre: Los trigos están que da pena verlos. Apenas levantan un palmo.

La abuela: No florecieron los almendros, que anuncian la llegada de la Primavera. Ni las acacias se pusieron su perfumada peluca blanca.

Una comadre: Los árboles, los almendros y los otros, siguen con las ramas secas y desnudas.

Otra comadre: Como las vides, que tampoco dan señales de vida.

La abuela: No habrá vino. No habrá pan. Las cosechas están perdidas.

Una comadre: ¡Que raro!

Otra comadre: ¡Nunca vióse cosa parecida!

La abuela: Es inexplicable.

Una comadre: Y, como todo lo inexplicable, da angustia.

La abuela: No ha vuelto la cigüeña que anidaba en lo alto de la torre ~~de la~~
~~iglesia.~~

Una comadre: Ni las golondrinas, que cuelgan sus nidos bajo el alero.

Otra comadre: Ni el ruiseñor, que los otros años, ~~ya cantaba a orillas del torren-~~
~~te.~~

Una comadre: Ni han llegado las cardelinas.

Otra comadre: Y emigraron los pinzones.

Una comadre: La alheña no ha dado su flor.

~~La abuela:~~ Ni vióse a las mariposas, que son flores que se lleva el aire.

~~Una comadre:~~ Mirad. Ya nieva otra vez ~~y el aire se llena de mariposas blancas.~~

~~La abuela:~~ ¡Cuanto tarda la Primavera!

=====

XIX

La plaza del pueblo, anillada de soportales.

Domingo. la gente sale de misa. Ropas negras. Almas negras. El sol se esconde tras una tupida cortina de nubes-diríase que, como las humanas criaturas, tiene miedo-y empieza a llover.

La alcaldesa, arrebuiándose en su abrigo: ¡Otra vez la lluvia!

La médica: Por no variar.

La boticaria: Y menos mal si la lluvia no se convierte en nieve.

El alcalde: Hace un frío impropio de la estación.

El médico: Un frío que pela.

El boticario: Estamos a ~~cero~~ bajo cero, señores.

El alcalde: Es verdaderamente inexplicable.

La alcaldesa: De cuando en cuando asoma el sol, pero se esconde pronto. Diríase que no quiere vernos, que le damos asco.

La boticaria: Un sol paliducho, ictérico, de ojo legañoso.

El rico propietario: Este año me arruino, señores. Como siga el tiempo poniéndonos mala cara, me arruino. La cosecha del trigo está ya perdida; vino, no habrá gota; no puedo llevar los rebafios al monte a causa de la nieve. Y por si fuera poco, las tasas, los impuestos, las suscripciones. El gobierno del general Palmiro debía apiadarse de los pobres ricos y no agobiarnos con tantos ~~ataques~~. Estamos peor que con la República.

El alcalde, ~~estando la hipado~~: ¡Por Dios, no diga usted eso!

El rico propietario: Es la pura verdad.

El alcalde: Si, señor: es la pura verdad. Los republicanos eran unos ladulaques, unos infelices, que se dedicaban con gran entusiasmo a los discursos y a los vinos de honor. A nosotros, los anti republicanos, nos iba mejor con la República, pero debemos callárnoslo y ponerle al mal tiempo buena cara.

El rico propietario: ¿Se refiere usted al frío o al gobierno?

El alcalde, con miedo de que el teniente de los rurales le haya oído: Al frío, al frío.

El rico propietario, malhumorado: Esa es otra ~~mentada~~ al frío. ¿No decían que Dios estaba con nosotros?

El juez: Nos habrá olvidado. ¡Tiene tanto que hacer el buen señor!

El rico propietario: En el monte hay más de un metro de nieve, y los corderos en el corral!

El boticario: En el monte hay algo peor que la nieve: los guerrilleros.

El rico propietario: ¡Mal rayo les parta! También les entró la mania de los impuestos. Me arrancaron cien mil pesetas por el rescate del chico, un granuja que no vale dos reales.

El teniente de la Guardia Rural: Con los guerrilleros acabaremos nosotros, los rurales. Deje usted que llegue el buen tiempo y verá que paliza les damos.

El rico propietario: El otro teniente, que tenía siempre las pelotas en la boca, quiso intentarlo y pagó cara la intentona.

~~-El teniente se calla, nohino-~~

El alcalde: Además, ¿cuando llegará el buen tiempo?

El juez, al médico y al boticario: Para ustedes ha llegado ya. Las pulmonías abundan que es una bendición. ¡Bonito negocio!

El médico: Si, señor; un negocio excelente: para mi, para el ~~amigo~~ don Potingue

~~XXXXXXXXXX~~

X e elln

-Por el boticario-

y para el señor cura, que tambien cobra lo suyo.

El boticario: Y para los guerrilleros, que se rien del mal tiempo y nos tienen muertos de miedo. El mejor dia se presentan en el pueblo y nos cazan como ratones.

El teniente de la Guardia Rural: ¿Estando yo aqui? ¡Ni soñarlo!

La alcaldesa, a la esposa del rico propietario: Si, señora. Pues claro que hay cine: como todos los domingos. Echan una pelicula nacional, pero no va nadie.

La esposa del rico propietario: ¿Porque es nacional?

La alcaldesa: No, señora: porque es muy mala. Pero, sobre todo, porque anochece ~~pronto~~ pronto y no es prudente andar por las calles despues de anochecer.

La esposa del rico propietario: ¿Tambien usted tiene miedo?

La alcaldesa: Como todo el mundo. El dia que se les antoje, bajan los del monte y hacen una degollina.

La mujer del rico propietario: ¡Jesus! ¡Que horror!

La alcaldesa: Lo mejor para acabar con esos bandidos seria pegarle fuego al ~~XX~~ bosque por los cuatro costados.

La esposa del rico propietario, asustada, indignada: ¡Eso, no! ¡Eso, de ninguna manera! El bosque es propiedad de mi marido.

=====

Hay
XX
américano-
fronteriza
otro

~~En la frontera.~~ Un lugar en la raya ~~de la frontera.~~ Dos o tres barradones de madera en los que, pagándolo bien, se come, se bebe y pueden adquirirse un sin fin de productos de la nación vecina: tabaco, perfumería, zapatos, etc. ~~Puede que con el tiempo los barradones se conviertan en un pueblo.~~ Del lado de la ~~frontera~~ *vecina* el paisaje es grato, amable, riante: prados de un verde que parece recién pintado, trigo ~~que ya amarillean~~, árboles cuajados de frutos, flores. Del lado del feudo palmirista ~~el paisaje~~ *el paisaje* es ascético, desolado, a base de ocre, siena y gris: los árboles con las ramas desnudas; los prados, secos; los campos, en barbecho; ni un pájaro; ni una flor.

Los pobladores del ~~XXXXXXX~~ *país* feudo del invicto general, estrechamente vigilados por aduaneros y ~~policías~~ *policías*, contemplan atónitos y envidiosos la ~~tierra~~ *tierra* prohibida, alegre y fecunda, donde las gentes rien, comen y cantan.

Un sol de fuego, espantoso, que lo abrasa todo, en el territorio palmirista. ~~En el cielo del~~ *país* vecino más pálido, levemente brumoso en el horizonte bogan unas blancas nubecillas Rococó.

Un matrimonio palmirista: Pues, sí: a un frío intenso, que ha durado hasta finales de junio, ha sucedido un calor asfixiante y terrible que lo abrasa todo. El aire se ha hecho irrespirable. Hemos pasado ~~sin~~ *sin* transición del invierno al verano.

Una pareja de jóvenes del país vecino, con los brazos y las piernas al aire, casi desnudos: ¿Porque no os aligeráis de ropa?

Un matrimonio palmirista: Porque las autoridades de nuestro país no lo permiten y nos meterían en la cárcel por ultrajes al pudor. En nuestro país ~~hay~~ *hay* mucha moralidad.

Una pareja de jóvenes del país vecino: ¿Qué tiene que ver el calor con la moralidad? ¿Qué tiene que ver con la salud?

Un matrimonio palmirista: Lo ignoramos. Pero puede que sí tenga que ver con la política. En el nuevo régimen, que es apolítico, todo tiene que ver con la política: la poesía, la música, las modas, la ~~calidad~~ *calidad* la higiene.

Un señor serio, palmirista, a un señor alegre del otro lado: El vuestro es un país maravilloso.

Un señor alegre: Poco más o menos, como todos.

Un señor serio, ~~alegre~~ *alegre*: No; como todos, no. Como el nuestro, no.

Un señor alegre: ¡Ah, claro! El vuestro es un país muy raro.

Un señor ~~serio~~ *serio*, con envidia: Tenéis prados en los que verdea el heno; campos en los que amarillea el trigo; montañas pobladas de bosques; caseríos blancos, limpios. Os reís, cantáis sin miedo a las multas ni a la cárcel.

Un señor alegre: ¿Vosotros, no?

Un señor serio: Nosotros, no. Los árboles, sin hojas, se han quedado en esqueletos de árboles. En cuanto a las personas, excepto cuatro granujas, ~~los~~ *los* ~~muchos~~ *muchos* muy malos. Respecto a cantar... Nadie canta ya en mi tierra. A nadie le quedan ánimos para cantar.

Un señor alegre: Sois un pueblo dormido.

Un señor serio: En efecto. Y nos da mucho miedo pensar en cuando ~~nos~~ *nos* despertaremos.

Un señor alegre: ¿Porqué?

Un señor serio: Porque el despertar va a ser terrible.

Un joven obrero del país de Palmiro a un joven obrero del otro lado: ¿*1* Dices que hay trabajo?

Un joven obrero del otro lado: No falta, no.

Si nos potáramos sin un permiso,

Un joven obrero del pais de Palmiro: ¿Ganáis buenos jornales? ¿Jornales con que poder saciar el hambre?

Un joven obrero del otro lado: ~~Naturalmente!~~ No vivimos como millonarios, claro está, pero podemos comer bien, vestir decentemente, ir al cafe y al cine y comprarle flores a la novia.

-El obrero del pais de Palmiro, con agilidad de gamo, salta al pais vecino, tierra para él de promisión. Se arma gran revuelo. Corren los aduaneros y policias del lado ~~en de promisión~~ ~~trincan~~ ~~los~~ ~~aduaneros~~.

Los policias y aduaneros palmiristas ~~aman~~ ~~de un lado~~ ~~de~~ ~~otro~~, dan grandes voces, profieren insultos y amenazas.-

Un policia del otro lado: ¿Que maneras son ~~estas~~ estas de penetrar en un pais civilizado?

El joven obrero del pais de Palmiro: Pues unas maneras un tanto acrobaticas, pero completamente pacificas.

Los policias y aduaneros palmiristas: ¡Que nos lo entreguen! ¡Nos pertenece!

Un policia del otro lado: ¿Tiene usted pasaporte?

El joven obrero del pais de Palmiro: Con una piernas como las mias, ¿para qué lo quiero?

Un policia del otro lado: Aquí sólo podemos admitirle si es usted refugiado politico.

El joven obrero del pais de Palmiro: Seré lo que queráis.

Otro policia: Si no hay alguien que responda ~~de~~ ~~ti~~ y no quieres volver a tu ~~tierra~~ ~~tendrás~~ que enrolarte ~~en~~ ~~la~~ Legion Extranjera,

Un obrero del otro lado: Respondo yo. Se vendrá conmigo. Le encontrare trabajo.

Un policia del otro lado: Pero si no le conoces.

Un obrero del otro lado: ¿Como que no le conozco? Es un obrero, como yo; un pobre, como yo. Los pobres somos una gran familia, señor policia.

Los aduaneros y policias palmiristas, descompuestos y vociferantes: ¡Que nos lo devuelvan! ¡Es nuestro! ¡Que nos lo devuelvan o se lo diremos al general Palmiro! ¡Palmiro! ¡Palmiro! ¡Palmiro! Si os negais a devolvernoslo es que sois unos cochinos demócratas, un pueblo depravado y sin ley!

Un policia del otro lado, sin hacerles caso, al obrero: ¿A qué has venido?

Un obrero del pais de Palmiro: ¡A trabajar, a comer, a reirme, a cantar, a echarme una novia!

*que, como todos
los policias del mundo
entero, es muy formalista:*

=====

hotel al frente, nuevo de puente que
comien sin micas a la calle.

xx1
VIII

En el palacio que antaño habitaron los reyes y que hoy día habitan
-caducidad del ringorrango-el general Palmiro, aprendiz de rey, y el asperanto de
su mujer.

Consejo de ministros. O mejor: consejillo.

El general Palmiro, al ministro de gobernación: ¿Dice usted que lo que está ~~XXXXX~~
ocurriendo en la frontera puede tener resultados peligrosos?

El ministro de gobernación: Peligrosísimos, Excelencia. Las gentes acuden con gran
entusiasmo y en número cada vez mayor a la frontera. Las pla-
yas de moda, los más bellos y pintorescos lugares de veraneo
están desiertos y la industria hotelera ha protestado energí-
camente.

El ministro de Hacienda: ¡Malo!

El ministro de ~~Agricultura~~ Perú: Pero, ¿qué encantos tendrá de un tiempo a esta parte
la frontera? No me lo explico.

El ministro de gobernación: Pues la explicación es muy sencilla: los encantos de
lo prohibido. Acuden a la frontera de la misma manera y por i-
dentico ~~impulso~~ con que el hambriento se detiene a contem-
plar, desde la calle, el comedor de un ~~restaurant~~. Van allí, a la
línea fronteriza, a contemplar los bosques, los jardines, los
campos, las flores, los hombres felices que rien, trabajan y can-
tan. Van allí a contemplar lo que aquí no tienen: la Primavera.

El ministro de Justicia: Malo.

El ministro de la Guerra: Malo

El ministro de Agricultura: Malo

El ministro de Hacienda: Malo

El ministro de Gobernación: Muy malo

El general Palmiro: Malísimo. Me propuse acabar con la Primavera, esa indecencia, esa
inmoralidad. Me propuse arrancarla de la vida de mis subdi-
tos, destruirla, echarla al cubo de la basura del olvido. A mis
subditos les quedaba el consuelo del recuerdo, compañero peli-
groso. Recordaban los tiempos de la vida, la, caridad, y la li-
bertad y ~~tenían~~ Primavera, y eso era intolerable. Sobre todo, la
Primavera, que enloquece al hombre y puede inducirle a barbari-
dades irremediables. Si se dan cuenta ^{de} que únicamente para ~~ellos~~
ellos dejó de existir, si se dan cuenta de que sigue existien-
do para otros, estamos perdidos. Hay que evitarlo.

El ministro de Gobernación: Si, Excelencia: hay que evitarlo, pues de lo contrario
nos quedaremos solos. Las desertiones aumentan de día en día.

El general Palmiro: Declararemos zona de guerra la frontera y llevaremos allí tres
o cuatro divisiones.

El ministro de Guerra: Muy bien, Excelencia.

El ministro de Estado: Me parece peligroso.

El general Palmiro: ¿Peligroso?

El ministro de Estado: La nación vecina puede tomarlo a mal, considerarlo una pro-
vocación y darnos un disgusto.

El ministro de Agricultura: ¿Otra guerra? ¿Sería espantoso!

El ministro de Estado: Tan espantoso, que sólo se batirían los oficiales

El ministro de la Guerra, indignadísimo: ¡Insulta usted a nuestro pueblo de tan in-
tegro y arraigado patriotismo!

porque un
antes hombre
fue un
hombre.

Si, señor: malo.

Pero a

C. - El general Polanco le
mira severamente. Los dos
ministros exclaman, con rep-
etidos acentos: "¿Cómo con-
tra?" -

Al de
Buenos, como nosotros son un león ... Tu respuesta: que

El ministro de Estado: No lo niego. Pero él y nosotros tenemos del patriotismo conceptos muy distintos. El patriotismo no se ~~puede~~ adquirir en los bazares. Es prenda hecha a medida.

El ministro de Agricultura: ~~El~~ pueblo está de nosotros hasta la coronilla. Y nos aguanta, a regañadientes, porque se encuentra indefenso. La guerra pondría el fusil en sus manos y el tiro saldría por la culata. Hay que evitar la guerra. Hay que evitarla a todo trance si queremos conservar el régimen.

El ministro de Justicia: ¿Pues, entonces, qué es lo que podemos hacer para acabar con el bochornoso y antipático espectáculo de la frontera?

El general Palmiro: ~~¡Ya está! Nada: ya está.~~

~~Sonriendo-~~

~~¡Si cuando digo que no me faltan ideas!~~

~~Con una transición-~~

Levantaremos un muro altísimo a todo lo ~~largo~~ de nuestras fronteras. Encerraremos el reino en una anilla de piedra, custodiada por numerosas tropas. Aislaremos a nuestra patria querida del mundo pestífero que la rodea. Y consagraremos nuestro aislamiento a Dios. Una muralla muy alta, altísima, que ~~sacale~~ de nuestra vista el espectáculo nefando, perturbador y atentatorio a las buenas costumbres, de la Primavera.

-Adoptando una pose de iluminado de pacotilla-

¡Muralla altísima! ¡Muralla del reino de Dios en la tierra!

El ministro de la Guerra: ¡Acuérdese Su Excelencia de las de Jericó!

que por lo visto es un eructito:

=====

XXI

ilustre

El ~~gran~~ poeta extranjero-grandote, ~~un~~ viejo, calvo, cañudo, sordo, francamente antipático-es huesped de honor del general Palmiro. Le han llevado de iglesia en iglesia, de banquete en banquete, le han condecorado, le han festejado, le han bañado el agua. (Bendita, ni que decir tiene)

Acompañado ~~del~~ ministro de Instrucción Pública, cuatro badulaques con infu- las mas o menos poéticas y la consabida escolta de policía motorizada, el carcamal viaja por el territorio del general Palmiro.

Una avería en el coche, de fabricación nacional, les obliga a detenerse en des- campado. Lugar agreste y solitario, a la entrada del ~~en~~ bosque ~~junto a la carretera~~. Los personajes y personajillos saltan al suelo. Los polizontes motorizados, fantoches patibularios, montan la guardia.

El *ilustre* poeta extranjero: ¿Porque nos detenemos en lugar tan solitario, tan lejos de poblado?

El ministro de Instrucción Pública: Una avería en el coche.

El *ilustre* poeta extranjero: ¿Como dice usted? ¿En el coche?

El ministro de Instrucción Pública: Una pequeña avería, sí. No tiene importancia.

Un poetrasto: ¿Que le parece nuestro pais, querido maestro?

El *ilustre* poeta extranjero: Medieval. Completamente medieval. Me encanta. Me maravilla. No hay en el resto de Europa un rincón tan auténticamente medieval como este pais. Pero, la verdad, diríase que no se dan ustedes cuenta de ~~xxx~~ la bondad de la Divina Providencia al depararles la suerte de habitar en tan magnifico decorado.

El ministro de Instrucción Pública: ¿Pues...?

El *ilustre* poeta extranjero: La indumentaria, señores! La indumentaria! Vestir de americana y usar corbata ante tanta iglesia románica y tanto castil- lo gótico es una profanación, una verdadera e imperdonable profana- ción. ~~En mi pais~~ *aquí* de ustedes lo más apropiado, lo más logico seria vestir cota de malla. Y en vez del vulgar paraguas, empuñar la heroi- ca ~~larga~~ *larga*.

-El ministro, su secretario, los poetrastos, los periodistas, no sabiendo qué decir, le ofrecen al extranjero el homenaje de una ~~sonrisa~~ *sonrisa* lacayuna.-

El ministro de Instrucción Pública: ¿Cuando regrese usted a su pais piensa decir todas estas cosas acerca de nosotros?

El *ilustre* poeta extranjero: Si, señor: para que aprenda de ustedes y, en lo posible, les imite. Mi pais, de un pasado grande y glorioso, se ha hundido en la más abyecta de las decadencias. Ha perdido la fe en ~~la~~ *la* ~~gran~~ *gran* ~~te~~ *te* y el ~~gran~~ *gran* ~~te~~ *te*. Los descendientes de los grandes capitanes que ver- tieron su sangre por su Dios y por el rey, se han convertido en sol- dos de opereta que solo sirven ya para lucirse en los desfikes de las mojigangas oficiales. Los nietos de los grandes marinos que pa- searon nuestro invicto pabellón por todos los mares del mundo jue- gan a barquitos en el agua sucia de los bidets de las mujeres que engañan al marido. ~~X. hemos substituido la heroica cota de malla por el short indecente.~~ Mi pais, señores, corrompido por la democracia, no tiene redención.

Un poetrasto: Pero a usted le admiran, maestro.

El *ilustre* poeta extranjero: Si, señor. En mi pais y en todas partes. Pero a regañadien-

sonrisas de la sociedad

que me cuenta con

tes y sin la menor simpatía. Me admiran por snobismo, porque admirarme da cédula de inteligente, pero no comprenden nada de lo que escribo y mis grandes odas a los generales de mi país y a los mártires de su país de ustedes les parecen a todo el mundo un galimatías. En realidad, no tengo admiradores sino clientela: la de los católicos ricos.

El ministro de Instrucción Pública, con unción: ¡Respectabilísima clientela!

Los poetas, con los dientes largos: ¡Clientela envidiable!

El ~~único~~ poeta extranjero, contemplando el paisaje: Desolación, austeridad, ascetismo. Planuras verdes, sin un pájaro, sin una flor. Es encantador, verdaderamente encantador.

~~En~~ ~~peris~~ ~~disto~~ ministro de Instrucción Pública: ¿Y los habitantes? ¿Le parecen también encantadores al egregio poeta?

El ~~único~~ poeta extranjero: También. Serios, graves, casi patéticos, sin una risa, sin una canción. ¡Encantador! ¡Encantador! Todo en este bendito país del benemérito general Palmiro, resulta encantador. Es el cielo ~~xx~~ quien les ha mandado a ustedes el general Palmiro.

El ministro, ~~el~~ secretarios, los periodistas y los poetas, en voz baja y mirando recelosamente hacia el bosque: ¡Palmiro! ¡Palmiro! ¡Palmiro!

El ~~único~~ poeta extranjero, que no les ha oído: ¿Cómo?

El ministro de Instrucción Pública: Vítoreábamos al jefe, pero lo hacíamos en voz baja para no asustar a los pájaros. ~~4. inexistentes.~~

-A los de la escolta-

A ver si se repara ~~prontax~~ pronto la avería. Este no es lugar seguro y podrían darnos una sorpresa desagradable.

=====

XXIII
I*se ven de
robar como
fin mundo.*

El dueño del hotel, a unos turistas extranjeros: Si, señor, los alrededores son muy bellos y pintorescos, pero les aconsejo que se dejen de excursiones y no se alejen mucho del pueblo.

Un turista: ¿Porque?

El dueño del hotel: Porque a los del monte, cada día más insolentes, les molestan las visitas

Un turista: ¿Los del monte? ¿Quiénes son los del monte?

El dueño del hotel: Los bandidos.

Un turista: ¿Pero si los bandidos son muy pintorescos!

El dueño del hotel: Eso era antes, en 1830. Los de ahora, mucho más peligrosos y menos pintorescos, luchan contra el régimen del general Palmiro y a los fondistas nos dejan a la última pregunta.

X

La ciudad. Madrugada lívida en la ciudad. La pareja de policía, armada hasta los dientes, pasea la calle solitaria. Bajo la niebla parpadean, opacas, las luces del alumbrado. En el alto cielo se apagan los luceros.

Envueltos en sus capotes, fusil en ristre, avanzan soñolientos los policías.

Un guardia: ¡Perra vida la nuestra!

Otro guardia: Perra y peligrosa.

Un guardia: Ganamos un sueldo misero.

Otro guardia: Y no nos dejan robar cuando todo el mundo roba.

Un guardia: Los pobres no odian.

Otro guardia: Los ricos nos desprecian.

-De la sombra salen dos sombras que se abalanzan sobre los guardias. Lucha breve, a navajazo limpio. La sombra se traga a los guardias. En la acera, degollados, yacen los miseros defensores del orden-

192

En el despacho del juez. Un estante con libros. Una mesa atiborrada de papeles. Unos diplomas. Un retrato del general Palmiro. Un crucifijo.

La jueza, una mujerota gruesa, fondona, entregándole una carta a su marido: Han traído esta carta.

-El juez, un tipejo esmirriado, de faz chupada y amarillenta de icterico, coge la carta y la lee.

Lívido de espanto, balbucea:

El juez: Es un anonimo. Me amenazan de muerte.

La jueza: ¿A santo de que?

El juez: Me llaman asesino y me aseguran que pagare dentro de poco todos mis crímenes.

La jueza: No eres un criminal; no eres un asesino. ¿Eres el juez!

El juez: Segun el autor de la carta, juez es sinonimo de asesino.

La jueza: Tonterias. Eres un funcionario como otro cualquiera. Te pagan por tus sentencias de muerte como le pagan al tenor por sus romanzas.

El juez, amedrentado, blandiendo el anonimo: ¿Y al que me sentencia a mi, quien le paga?

La jueza: Nadie, porque se trata *simple* seguramente de un aficionado.

con desprecio infinito

19

En el palacio episcopal. Su Ilustrisima le dice al secretario:

Su Ilustrísima: La cosa se pone muy ~~xxx~~ fea para el general Palmiro. Antes re-negaba de él la chusma, la pobretería, pero la Iglesia, todopodero-sa, no hacía caso. La pobretería nunca formó parte de nuestra ~~xxx~~ clientela. Hoy las cosas han cambiado y todas las clases social-es se alejan del general.

El secretario: Las ratas abandonan el barco.

Su Ilustrísima: Porque el barco hace aguas. La tormenta no se ha desencadenado aun, pe-ro su inminencia la intuye todo el mundo. La Iglesia cola-boró lealmente con el general, bendijo sus armas, absolvió todas las salvajadas de sus huestes. Hay que hacer olvidar la colabora-ción de la Iglesia. La Iglesia, con fina inteligencia, maniobró siempre con sagacidad, supo siempre ponerse al sol que más calien-ta, vencer todos los escollos. Será muy doloroso para nosotros, pe-ro nos veremos obligados a abandonar al general, si no queremos hundirnos con él.

El secretario: En efecto: la deserción llenará de tristeza nuestras almas.

Su Ilustrísima, severamente: La Iglesia no deserta nunca. Especular con la vanidad y la ambición del hombre no es desertar. La Iglesia sólo tiene una política: la de Dios.

El secretario: Su Ilustrísima, como siempre, tiene razón: hay que salvar la pelle-ja... Digo: hay que salvar a la Iglesia.

Los generales se han reunido en consulta.

Un general: Señores: ha sonado la hora de las graves decisiones.

Otro general: ¿Pues qué ocurre?

Un general: Lo que ocurre ninguno de nosotros lo ignora. Es más, lo sabe todo el mundo, incluso la gente de la calle. De manera que lo mejor se-rá, por esta vez, no hacernos el sueco. ¡Señores: nos han tomado el pelo!

Los demás generales, muy alborotados: ¡Oh!... ¡Indignante!... ¡Incalificable!... ¡Tomarnos el pelo! ¡A nosotros! ¡Los salvadores de la patria!

Uno de los generales: ¿Se puede saber quién es el que se atrevió a tamaño desa-sfuerzo?

Un general, con desprecio: ¿A estas alturas y lo ignora usted todavía? ¡Qué cala-midad!

-Volviéndose con saña al retrato del gene-ral Palmiro-

¡Ese! ¡Ese es quién, haciéndose el amo, nos ha tomado el pelo!

¡Quién tiene la culpa de que esa acémila se haya hecho el amo?

¡Nosotros! ¡Porque? Por nuestra tontería. Por nuestra cobardía.

-Gestos descompuestos. Voces de protesta-

lo dicho: por nuestra cobardía. ¿Es que nos sublevamos por Palmi-ro? ¡No! Nos sublevamos por el rey nuestro señor. ¿Quién se apro-vechó de la situación?

Uno de los generales: Como aprovecharse, nos aprovechamos todos.

Un general: Se aprovechó Palmiro, que ha incrustado sus posaderas en el tro-no, y el rey nuestro señor sigue en el destierro.

Señores: no tenemos vergüenza, no tenemos dignidad.

-Callan, abrumados, los invictos generales. Somos unos idiotas, unos percebes. Gracias a nuestra idiotez, hemos hecho de Palmiro un personaje. Un personaje tan sandio que se ha tomado en serio su papel de representante de la Divina Providencia en la tierra y nos ha hecho odiosos al resto del mundo civilizado. Nosotros, con nuestro heroísmo y nuestra abnegación, le sacamos las castañas del fuego. Cualquiera de nosotros tiene méritos más que suficientes para ocupar su lugar. Pero, más avisados que Palmiro, y, sobre todo, menos vanidosos, no lo haremos. La vida de un dictador acaba siempre en drama. Y en nosotros solo se comprende, a Dios gracias, el sainete.

Otro de los generales: ¿Pues entonces?

Un general: Siguiendo a su lado, sosteniéndole con nuestro prestigio, caminamos vertiginosamente a la hecatombe y hundimos la patria en el caos. Lo más práctico, lo más patriótico es abandonarle, cambiar de camisa, pasarnos al enemigo. Unicamente así conseguiremos tal vez que se olviden las barbaridades y atrocidades que cometimos por complacerle a Palmiro.

Otro de los generales: Yo diría, compadre, que por su boca habla el miedo.

Un general: Y no se equivocaría usted. Tengo miedo. Miedo, sí, señor: como usted, como todo el mundo ~~entonces~~.

Otro de los generales: ~~¡Pero si somos los más fuertes!~~ Somos los más fuertes! Tenemos las armas, el dinero.

Un general: Si, señor: somos los más fuertes. Pero en la vida de los pueblos llega siempre un momento en que los fuertes son vencidos por los débiles. La ira de los débiles, cuando estalla, es espantosa y lo arrasa todo.

~~Un salón en el Circulo de las Clases Directoras.~~ 6

El banquero: Queridos amigos, la situación se pone cada vez más fea. Todo el mundo está descontento. Todo el mundo está arrepentido. Lo que antes calificaban de sublevación gloriosa hoy se considera disparate musculoso. Ya no se limitan a murmurar del régimen, a asustarlo de cuchufletas: ya se atreven a protestar, a declararse en huelga. ¡En huelga, señores! Ese granuja

-Señalando el retrato del ~~general~~ - nos ha metido en un berenjenal del que, si no nos damos prisa, no sabremos cómo salir.

El orondo fabricante: También lo temo. El régimen del general Palmiro está podrido, está dando las boqueadas, y vamos a pagar cara nuestra adhesión al monigote. El pueblo se va a vengar ferozmente de los malos ratos que le hicimos pasar.

El banquero: Por de pronto tenemos ~~un plan~~ que ingeniarnos para hacer pasar los capitales al extranjero. Y a renglón seguido pactar con el adversario. O intentarlo. No es cosa fácil, pero tampoco imposible. Al pueblo se le engaña más de una vez.

El nuevo rico, muy alarmado: ¿Cree usted que nuestras vidas corren peligro?

El banquero: Corre peligro nuestro dinero, que es nuestra vida.

El nuevo rico, palideciendo: Callese usted, por Dios. Sus palabras dan miedo.

El banquero: Bendigamos el miedo que nos abre los ojos a la realidad.

FIN

Casiano el loco cruza lentamente la plaza. Desde el atrio de la iglesia el cura-rollozo, sanguíneo, con el rostro herpético y la mirada torpe-le llama.

El cura: ¡Eh, Casiano!

(1. Perfectionados en los anchos y naves pilones del
Circulo de las (barras Directas, charlas los Conventos
cinturados, los alnegados patriotas que siempre están
a la par talta

-Se detiene el loco. Le mira sin reponer-

Ven. Liaremos un pitillo.

Casiano el loco:

Bueno.

-El cura saca la petaca y el librito de papel de fumar que, despues de liar lentamente el cigarrillo, alarga al loco. Este se guarda papel y petaca. El cura protesta:

El cura:

Eh, tu: la petaca!

Casiano el loco:

¿Quieres que la devuelva? Bueno. *la petaca*

-Vacía el tabaco en un bolsillo y le la devuelve al reverendo. Este, que habitualmente tiene un genio como la pólvora, va a enfadarse, pero, dominándose-difícilmente-opta por reírse.

El cura:

Que no, vaya. Que no me enfado contigo.

Casiano el loco:

Haces bien.

El cura:

Eres pobre.

Casiano el loco:

El más pobre del pueblo.

El cura:

No tienes dinero...

Casiano el loco:

Nunca lo tuve.

El cura:

Eres como los anarquistas, que quieren abolir la moneda.

Casiano el loco:

¿Los anarquistas? ¿Quiénes son los anarquistas?

El cura:

Unos hombres muy malos que no sienten simpatía por los curas, los alcaldes ni los guardias. Nada, nada: quédate con el tabaco.

Casiano el loco:

Eres generoso. ¿Desde cuando?

El cura:

¡Bah! Al fin y al cabo, una cajetilla no tiene importancia.

Casiano el loco:

Tu generosidad parece cosa de milagro.

El cura:

¡Qué exageración!

Casiano el loco:

Ya sé que no crees en los milagros.

El cura:

¡Hombre!

Casiano el loco:

En los milagros solo creemos nosotros los locos. Pero vosotros los curas, no.

-Un breve silencio. Fuman-

El cura:

¿Qué opinas de lo que está pasando?

Casiano el loco:

No pasa nada.

El cura:

¿Cómo que no pasa nada? Estamos abocados a una nueva revolución.

-Casiano el loco *tanterías* le mira y se encoge de hombros-

Las personas honradas lo vamos a pasar muy mal.

Casiano el loco:

¿Quiénes son las personas honradas?

El cura:

El señor alcalde, el señor juez, los propietarios, los guardias rurales, yo...

Casiano el loco:

¡Ah, sí!

El cura:

Y el señor obispo, los ministros, el general Palmiro.

Casiano el loco:

No sé quién es el general Palmiro.

El cura:

¡Desgraciado! ¿Que no sabes quién es el general Palmiro? Es el salvador de la patria.

Casiano el loco:

No sé quién es la patria.

~~Cita p...~~

El cura:

Los revolucionarios se han propuesto acanar con ~~nosotros~~ las personas honradas.

Casiano el loco:

¿Quiénes son los revolucionarios?

El cura:

Los malos; los enemigos del general Palmiro y de Dios; los del monte.

~~de pronto recelamientos~~

¿Tu les conoces a los del monte?

Casiano el loco, despues de mirarle fijo al reverendo: No.

El cura: Son gente muy mala, lo peor de lo peor. Su número es mayor cada día y los hay, de norte a sur, de este a oeste, en todas las montañas. Abundan como las setas, se reproducen como los leporidos. Reciben armas del extranjero. Y oro, mucho oro.

Casiano el loco: ¿Oro? ¿Porque, pues, no te vas co-ellos?

El cura: No digas tonterias, loco.

Casiano el loco: No son tonterias, cura.

El cura: Asaltan las casas de los ricos, ocupan los poblados, presentan batalla a la tropa. El mejor día entran en el pueblo y me asesinan ante el altar.

Casiano el loco: ¿Tienes miedo?

El cura: Como todas las personas honradas. ¿Y tú?

Casiano el loco: Yo no soy una persona honrada: soy un loco, y los locos no tenemos nunca miedo.

=====
Las tonterias sólo las dicen los mentes.
=====

Handwritten notes in a cursive script, possibly a shorthand or a specific dialect. The text is arranged in several lines, with some characters resembling 'a', 'e', 'i', 'o', 'u' and others that look like 'x', 'y', 'z'. There are horizontal lines drawn through the text, suggesting a list or a structured set of notes. The handwriting is slanted and compact.

XXVS

Noche. Y en la noche el viento, orquestando su voz potente-del tono menor al mayor-en alaridos, sollozos, suspiros, risotadas....

El viento: ¿Prohibiste las canciones? ¿Querías matarlas en su nido, que es la boca humana, para que no hendieran el aire como avecillas? ¿Ignoras que esas avecillas, las canciones, se rien de todos los cazadores? ¿Ignoras que son inmunes a todos los tiros? ¡Pobre botarate! ¡Pobre fantoche sanguinario y grotesco!

No ahogaras mi voz, no mataras mi canción. Mi voz ^{nace de} no tiene cuerpo mortal. Mi canción es múltiple, nace en las cimas y en los llanos, en los bosques y en el mar y canta la vida del hombre: su pena y su alegría, su amor y su odio, su derrota y su triunfo.

Quisiste matar ~~xxxxx~~ las canciones, todas menos una: la que canta tus glorias de asesino y de ladrón con bendición apostólica. Quisiste matarlas porque intuías que son las ventanas por donde ~~ella entra~~ ^{volar} la esperanza. Quisiste matar a la Primavera, que lleva una copla en cada flor y es fuerza y consuelo en el corazón del hombre. Quisiste matar el espíritu y no sabías que el espíritu es ~~inmortal~~. No creas, pobre botarate, que los hombres ~~bajo tu régimen estúpido y feroz~~, hayan olvidado sus canciones. No las cantan a voz en grito, como las cantaban antaño, como las volverán a cantar-por miedo al vergajo de tus polizontes: las susurran en voz muy baja, las ~~susurran~~ ^{como las} madres ~~las mururan~~ meciendo la cuna en que duerme el hijo. ¡Que no las oigan las grandes orejas, las descomunales orejas de la policía!... Las canciones del hombre se han acogido, esperando mejores tiempos, a su nido. Pero, tenlo por seguro; ~~cuando despierte la Primavera~~ ^{colación de misas}.

Mientras, soy yo, el viento, quien ~~vengo~~ ^{vengo} cantando en tono mayor por campos y ciudades, por valles y montañas, en los ríos y en el mar. Canto para que no se duerman el odio y la venganza en el alma de los hombres, de los hijos que dejaste sin madre, de las madres que dejaste sin hijo. Canto para que no se les muera la esperanza en el corazón. Canto para que afilen la cuchilla al ritmo de mi canción. Canto tu miserere, general Palmiro, excremento católico apostólico romano amasado con fiemo y con pus. Mi voz está compuesta de miles, de millones de voces. Todas las que pretendiste acallar reviven, más potentes, en la mía. Y esa no podrás acallarla jamás. No habrá nadie, nadie, que no maldiga tu nombre. ~~ni tu madre, que en ti parió un escorpión~~. Eres el más abyecto y repulsivo de los seres. Tu contacto, tu sola vista lo empozña todo. La inmensa vanidad que te devora puede darse por satisfecha: ya ~~ya~~ perteneces a la Historia. Pero la Historia dirá de ti: fue el más puto y el más imbecil de los seres que han poblado la tierra. En ti, general Palmiro, todo es histrionismo. Hueles mal, general Palmiro: hueles a muladar, a carnaza en descomposición. ¡Miserere!... ¡Miserere!

cantar, para que
no se murieran con el
silencio

hindi me los

damini

XXIV

Invierno. Bajo la ancha campana del lar, cabe el fuego, se acurrucan la abuela y las comadres, negras sombras de agua fuerte que la llama siluetea de oro.

Casiano el loco y el nieto asan unas castañas en la ceniza ardiente.

Es la noche de difuntos. A intervalos regulares, doblan las campanas de la iglesia.

Casiano el loco, sacando una castaña de entre las cenizas y ofreciendosela muy ceremonioso a la abuela: Toma.

La abuela: Gracias, Casiano.

Casiano el loco: Comela antes de que se enfrie.

El nieto: Dame una tambien a mi, loco.

Casiano el loco: Primero, las mujeres. Despues, si quedan, comeremos nosotros.

El nieto: Es ahora cuando tengo hambre.

Casiano el loco: Ya me lo figuro. Pero de hombres es aguantarse el hambre para que puedan comer las mujeres.

El nieto, enfurecido: Yo no soy un hombre.

Casiano el loco: ¿Cómo que no?

El nieto: Soy un niño.

Casiano el loco: Te equivocas. Ya no quedan niños. Murieron todos con la Primavera. Ya no pasan los años: se quedan, amontonándose y pudriéndose y pudriendo las raíces de la vida. ¿Comprendes?

El nieto: No.

Casiano el loco: La infancia, como la Primavera, pasó a mejor vida. Ya no hay niñez. El niño se ha perdido en el bosque de las malas pasiones del hombre ~~xxx~~ que es el bosque petrificado por el desengaño. Por eso se ha quedado el mundo tan frio y silencioso: porque es un mundo sin niños.

-Concluye-

Todos, hombres. A un lado, los locos. Al otro, los sensatos, de los que Dios nos libre, aunque lo mejor es que nos libremos nosotros por si Dios llegaba tarde. ¡No te fies de los sensatos, rapaz!

-Coge otra castaña y la ofrece a Una comadre -

Comela, que esta calentita.

La comadre: Gracias. Si no es por ti, que las cogiste en el bosque para nosotros, no comiamos castañas esta noche.

Otra comadre: Los ricos del pueblo las comen con ~~pestiños~~ ^{moscatel} y beben ~~copitas~~ ^{moscatel} de moscatel para que pasen mejor.

Otra comadre: ¡Así se les tornen piedras en la panza!

Otra comadre: Piedras es poco: veneno.

-Un silencio. Crepita un leño en el hogar. Estalla una castaña-

Otra comadre: Primero, la visita al cementerio, para que, "los que no les olvidan", limpien y adornen las tumbas de los queridos difuntos. Despues, por la noche, a llenar la andorga.

La abuela: Ya no les llevan flores, como hacíamos antaño.

Una comadre: Porque no las hay. Nuestro pais es un pais sin flores.

Otra comadre: Si les llevan, pero son de trapo y se des-~~tiñen~~ ^{tiñen} y pudren con el fango de las lluvias.

La abuela: Como los uniformes y las banderas de los generales.

Una comadre: Les llevan flores de trapo y les encienden luces que el viento a-

~~xxxxxx~~ paga.

Otra comadre: Luces para darles envidia a los fuegos fatuos.

La abuela: Nosotras no tenemos necesidad de ir al cementerio. Nuestros muer-

Casiano el loco: ¡Tierra sagrada? ¿Qué es eso de tierra sagrada? No tiene tanta-
rias, mujer. ¡Tierra sagrada! ¿Que cosas mas raras decís los que no
tenéis la suerte de estar locos!

La abuela: Nuestros muertos están enterrados al borde de los caminos. La tierra, al ~~tapar~~ la boca, apagó su última maldición o el último beso que nos mandaban a los que viviríamos para vengarlos. En invierno los árboles son, sobre la tumba, el brazo y el puño crispado de nuestros pobrecitos muertos.

Una comadre: Y contigo.

Casiano el loco: No; conmigo, no. Nosotros ~~los~~ ~~lares~~ no tenemos muertos que nos aee
compañen en las horas de soledad. la muerte no existe para los locos.

Una comadre: ¿Entonces, porque vienes siempre con nosotras, que tuvimos trato con la Desnarigada?

Casiano el loco: Porque en vez de hincharos a comer, arañar dinero y predicar el ~~evangelio~~, como hacen el cura, el alcalde y el teniente de la Guardia Rural, no os reis nunca y padeceis ~~xx~~ hambre. Para dar con mi presencia la muerte al olvido. La locura es ~~xx~~ vida.

-Se levanta, se sube el cuello del derrotado gaban y sale dando las "Buenas noches".

Al abrir la puerta, oyese la voz quejumbrosa del viento: "Miserere... Miserere..."

Una comadre: ¿Que le pasa?

La abuela: / Pobre Casiano!

Otra comadre: ¿Se habrá enfadado con nosotras?

La abuela: ¿Enfadarse con nosotras? Imposible

Una comadre: ¿Imposible, porque?

La abuela: Porque, segun tengo visto, solo se enfadan los ~~sensatos~~. 7 porque nos quiere. Pobrin!

Otra: Si, si: vámonos.

La abuela: Buenas noches.

-Salen. El viento, en el camino: ~~Miserere~~

Miserere...Miserere.... La abuela mira x
al exterior, atiende unos instantes. Cier
ra. Y murmura tristemente:

Tambien nosotros, tu y yo, nos iremos camino adelante, pidiendo por x
el amor de Dios. Nos iremos un dia y no volveremos mas!

No, abuela. Nosotros, no. Nosotros no podemos irnos.

¿Porque?

Porque ~~debo~~ esperar el retorno de la Primavera.

El nieto:

La abuela:

El nieto:

hay que

=====

XXVI

XXIV

Una ancha plazoleta en el monte. Invierno, postrimerias del invierno. Es por la mañana y se han reunido, para recibir e informar al Enviado de la ciudad-un hombre más cerca de los cincuenta que de los cuarenta, con el pelo cano, la mirada inteligente, el gesto enérgico-los jefes de los grupos de insurgentes que luchan en los montes. Han acudido todos a la concentracion: los de los contornos y los que ~~habitan~~ actuan en tierras más alejadas. El enviado de la ciudad, sentado en una piedra, lapiz en mano, anota en una pequeña hoja de papel cifras y fechas. El enviado de la ciudad, al Capitán: ¿Y aqui sois muchos?

El capitán: Unos doscientos, jefe. Pero cuando es preciso puedo contar con el doble.

El enviado de la ciudad: ¿Donde los reclutas?

El capitán: En los caserios y aldeas. Diez horas me bastan para reunirlos. Terminada la accion, dejan aqui las armas y regresan tranquilamente a sus casas.

El enviado de la ciudad, a otro de los cabecillas: ¿Y tú, "Cariñoso"?

El "Cariñoso": Yo me eché al monte con mi cuñado. Hoy somos ^{cientos} ~~trescientos~~ y le tenemos a raya al enemigo. Me temen más que al cólera morbo. Mi solo nombre, les da escalofrios. En mis dominios-digo dominios porque lo son realmente-ya no cuentan los alcaldes, los jueces, los curas y las tropas de Palmiro. Ocupamos los pueblos cuando nos da la gana y el tiempo que nos da la gana limpiándolos de la morralla, ~~palmirista~~.

El enviado de la ciudad, a otro: ¿Y tú, Jeromin del Soto?

Jeromin del Soto: El pasado jueves, al filo de mediodia, crucé a caballo y tremolando la bandera de la libertad el pueblo de ^{San Jeromin} ~~Puentes del Madron~~.

El enviado de la ciudad: Es una baladronada, inutil como todas las baladronadas. Podia costarte cara.

Jeromin del Soto, con altiva risa: ¿A mi? No ^{hay unidades} ~~me pueden~~.

El enviado de la ciudad, el Capitán, ¿quiere decirnos?
El capitán: En los cuarteles, jefe. Pero cuando en preciso puede contar con el
El enviado de la ciudad: ¿Dónde los reclutas?
El capitán: En los cuarteles y alhórra. Las cosas no están muy buenas.
El enviado de la ciudad: ¿Y los reclutas?
El capitán: En los cuarteles y alhórra. Las cosas no están muy buenas.

El enviado de la ciudad, el Capitán, ¿quiere decirnos?
El capitán: En los cuarteles, jefe. Pero cuando en preciso puede contar con el

El "arriero": Yo me echo a reír con el asunto. Hay cosas que se ven y se
me a ríe al asunto. Yo me echo a reír con el asunto. Hay cosas que se ven y se
El enviado de la ciudad: ¿Dónde los reclutas?
El capitán: En los cuarteles y alhórra. Las cosas no están muy buenas.
El enviado de la ciudad: ¿Y los reclutas?
El capitán: En los cuarteles y alhórra. Las cosas no están muy buenas.

-Transición-

Y no es una baladronada. Ni mucho menos. ^{hejane} Mi gesto sirvió para dar animos y encoraginar a las gentes, para darles fe de vida, de la vida de "los del monte". Si no nos ven actuar, armar gresca de cuando en cuando, van a creernos personajes de leyenda. Y eso sería peligroso. Por la noche atacábamos el cuartel de los rurales y ejecutábamos en la plaza al monterilla del pueblo.

El enviado de la ciudad, a otro: ~~¿Tu?~~ ¿Te llaman Todoparami, no es cierto?

Todoparami: Es cierto.

-Sonríe bonachonamente-

¿Sabes por qué? Pues porque mi partida es la más pobre de todas.

El enviado de la ciudad: ¿En hombres?

Todoparami: No, no; en hombres, no; en armamento. No tenemos nada o ^{¡lo tenemos todo.} muy poco.

El enviado de la ciudad, al ^{capitán} Capitán: Hay que armarles lo más pronto posible.

El capitán: Se les armara, ^{¡lo mismo mismo} jefe. Como no sabrían manejar las ametralladoras y el tiempo urge se les daran rifles de los que me han prometido para mañana.

Todoparami: Tenemos algunos mauseres y algunas pistolas. Botín cogido a los rurales. Y tenemos hoces, guadañas, cuchillos.

El enviado de la ciudad: ^{los os bruta para el tiata} Serán mejor los rifles.

Todoparami: Y tenemos otras armas que no se venden ^{en las tiendas} ni se toman al enemigo: el coraje, el odio, el afán de cobrarnos caro todo cuanto nos han hecho sufrir.

El enviado de la ciudad: ^{¡lo es cada más} Vamos a ver: otro.

Pepon el de la Sierra, avanzando: Yo soy Pepon el de la sierra. Vengo del sur y he podido llegar sin tropiezo. No te digo más.

El enviado de la ciudad: Me parece poco.

Pepon el de la Sierra: ¿Conque poco, eh? Cuatro años atrás ~~ningun~~ ^{ninguno de nosotros} insurgente podía

alejarse dos kilómetros ~~mas allá~~ de su escondrijo sin caer en ~~manos~~ ^{malos} de la policía. Hoy las cosas han ~~cambiado, podemos camparnos las a nuestras anchas,~~ ^{traxamexas} cambiado, podemos camparnos las a nuestras anchas, y los perseguidos se han convertido en perseguidores.

El enviado de la ciudad: ¡De cuantos hombres dispones?

Pepón el de la Sierra: ¡De todos! En cortijos, caserios, pueblos y ciudades, ¡de todos! Y sé que ocurre lo mismo en el este, en el oeste y aquí en el norte. Todos aguardamos la señal.

El enviado de la ciudad: La señal se dará el día 15. Por la noche, a las diez, se encenderán grandes hogueras en las cumbres de todas las montañas del territorio

-A los capitanes-

Armaréis a vuestros hombres y a las once avanzareis hacia los puntos de concentración que os están señalados para converger en la capital.

Todoparami: ¡Caza mayor!

El Cariñoso: ¡El jabali se llama Palmiro!

El enviado de la ciudad: Opondrán resistencia, pero confío en que será débil. Para vencerla, los mineros abrirán camino con bombas de mano.

Un guerrillero: Pero el enemigo ^{2 años de la} tiene cañones.

El enviado de la ciudad: Los tomareis por asalto. Tú, si tienes miedo, puedes quedarte en casa haciendo calceta.

Un guerrillero: Sí tengo miedo. Pues claro que lo tengo. Pero no pienso quedarme ~~en~~ en casa. Iré con vosotros y, con miedo o sin él, se tomarán los cañones.

El enviado de la ciudad: Así hablan los hombres.

67²

cap-036(49)

= 67²

^{capitán}
El ~~señor Joven~~: ¿No fallará nada?

^{enviado}
El ~~señor gordo~~: Es de esperar que no. Tenemos armas y gente dispuesta a todo. Al gobernador, ~~ese mastuerzo~~, se le prenderá en casa de su querida la Rosalba. Del jefe superior de policía se encargarán los agentes comprometidos en la Jefatura. Declarada la huelga general en la madrugada del 15, lo primero será el ataque a la Telefónica y a la Radio, ~~ataque por sorpresa~~, que debe llevarse con rapidez extrema.

^{capitán}
El ~~señor Joven~~: ¿Y el ejército?

^{enviado}
El ~~señor gordo~~: Ese nos dará qué hacer, pero tenemos de nuestra parte a muchos oficiales ^{jóvenes y a los viejos que} ~~ambiciosos~~ que quieren hacerse perdonar las pasadas tropelías. Contamos con cinco regimientos que se echarán a la calle con nosotros. Se atacará la Capitania general. Será lo más duro, porque el capitán general ~~se~~ resistirá, pero acabaremos con él.

^{capitán}
El ~~señor Joven~~: ¿Contamos con la aviación?

^{enviado}
El ~~señor gordo~~: No.

^{capitán}
El ~~señor Joven~~: Malo.

El ~~señor gordo~~: Pero contamos con los que, de acuerdo con el personal subalterno, inmovilizarán a la aviación. A ^{las once de la noche} ~~la una de la madrugada~~ ^{los} ~~el~~ aeródromo serán ocupado por nuestras fuerzas y ^{si se presentan} los pilotos afectos al régimen hechos prisioneros. Al estallar ~~éxxxxxxxxxxxx~~ la insurrec-

ción no podremos evitar que se una nosotros el populacho, la hez de los bajos fondos, acuciada por el instinto de robar y matar. A río revuelto... Pero una vez vencedores, se han tomado todas las medidas para eliminar implacablemente tan peligrosos colaboradores. Hay que hacerlo así, pues es siempre el populacho quien deshonra las revoluciones.

capitán
El ~~señor~~ señor ~~señor~~ señor: ¿Y en las demás ciudades?

enviado
El ~~señor~~ señor ~~señor~~ señor: En todo el territorio la insurrección estallará a la misma hora. Una insurrección debe regularse como la maquinaria de un reloj.

capitán
El ~~señor~~ señor ~~señor~~ señor: Pero puede fallar una ruedecilla, un resorte cualquiera.

enviado
El ~~señor~~ señor ~~señor~~ señor: Siempre suelen fallar, en efecto, una ruedecilla, un resorte cualquiera, pero la máquina sigue funcionando y la avería se repara, dándole mas ímpetu a la insurrección.

capitán
El ~~señor~~ señor ~~señor~~ señor: ¿No se abrirán las cárceles?

enviado
El ~~señor~~ señor ~~señor~~ señor: No. Los presos comunes no nos interesan. A los políticos se les libertará cuando todo haya terminado.

capitán
El ~~señor~~ señor ~~señor~~ señor: ¿Los responsables, los peces gordos, no escaparán?

enviado
El ~~señor~~ señor ~~señor~~ señor, sonriendo: Esta vez, creo que no. Los puertos y las fronteras serán ocupados por los nuestros desde los primeros momentos.

capitán
El ~~señor~~ señor ~~señor~~ señor: Ya verán ustedes como Palmiro sí escapará.

enviado
El ~~señor~~ señor ~~señor~~ señor: Tampoco. Ese menos que nadie. Ese tiene que pagar. Y pagará.

capitán
El ~~señor~~ señor ~~señor~~ señor: Menos mal *en fuga hacia el poder de la revolución*

enviado
El ~~señor~~ señor ~~señor~~ señor: Ya no se recibirán nuevas consignas ni habrá, puedo asegurarlo, contraorden. El día 15, todo el mundo en su puesto.

Trabaja y vive con firmeza:

Podrido como
 como todo el mundo está ~~en su~~ del régimen del general Palmiro, ~~régimen~~
~~men puesto bajo la advocación de la Cursileria, el Latrocinio y la~~
~~Crueldad~~ no hay peligro de caer en una de esas guerras civiles en

68

Lodo

las que todos son vencidos, incluso los vencedores. Por lo tanto, ~~debe~~
 tiene que ser muy rápido. La operación iniciada el 15 ha de terminar el 18. Y
 ha de terminar con la victoria. ~~Tenemos~~ el deber de triunfar.

XXV

1

En el despacho de la fàbrica.

El patrono, a su socio: Se rumorea que los obreros preparan una huelga.

El socio, pasmado: ¿Una huelga?

El patrono: Revolucionaria.

El socio, riendo: ¿Bajo un régimen policiaco como el del general Palmiro? Imposible!

El patrono: Si, como creo, los obreros ^{van} se lanzan a la huelga, los patronos debemos secundarla desde bastidores, o sea: sin dar la cara.

El socio, escandalizado: ¡Pero, hombre!

El patrono: Los obreros están hartos del régimen del general Palmiro. Los patronos lo estamos también.

2

En la comisaria.

Un guardia, a otro: Si la huelga estalla, ¿tú que harás?

Otro guardia: Si puedo, escabullirme. Si no, disparar al aire.

3

En casa del nuevo rico.

El nuevo rico: Creo que lo mejor seria liquidar el negocio y marcharnos con ~~xxx~~ viento fresco a veranear.

La esposa del nuevo rico: Heliodoro, tu has empinado el codo. ¿Veranear en marzo?

El nuevo rico: Bueno, primaverizar.

La esposa del nuevo rico: Bien sabes que para nosotros no existe la Primavera.

Por cierto que, desde que no existe, me dan unas sofocaciones, unos ahogos!

El nuevo rico: Eso no tiene importancia: es la menopausia. Lo que importa es lar-

garnos cuanto antes.

La esposa del nuevo rico, alarmada: ¿Largarnos? ¿Abandonar al general Palmiro, nuestro protector?

El nuevo rico, malhumorado: Mal rayo le parta al general Palmiro!

La esposa del nuevo rico: ¿Pero porque largarnos?

El nuevo rico: Porque esto huele a chamusquina.

4

En el cuarto de banderas.

Un capitán: Ya estamos hartos de hacer el primo, de hacer el canelo.

Otro capitán: Seguir al lado del general Palmiro es precipitar nuestra ruina.

Otro: A nosotros el general Palmiro nos importa un bledo. Si sus adversarios ^{olvidan y)} nos pagan, nos pasamos al campo de sus adversarios. Lo ^{principal} importante es ~~sal~~var la pelleja.

Un capitán: Y seguir cobrando.

5

En la sacristia

El cura párroco: Me da en la nariz que se avecinan dias luctuosos para la Yglesia. Su Ilustrísima me ha pedido que traslade al palacio el tesoro de la Virgen. ¿Para que querrá su Ilustrísima, tan rico, el tesoro de la Virgen? Lo pondré a buen recaudo para que, en vez de caer en las manos sacrilegas de la chusma, no salga de las mias.

6

El ministro de la guerra, a los otros ministros: Lo mejor es presentar nuestra dimisión a Palmiro. ¿O vamos a resignarnos a que ese idiota nos arrastre en su caída?

VII

Se han reunido los miembros del comité revolucionario, y se han acordado las siguientes resoluciones:

El m. de E: hi pensado

El m. de f: Por un momento.

El m. de a: La actividad más patética y limitada.

El m. de h: f lo más prudente, compadre.

XXVII

XXVI

Un salón en el palacio real. Como en todas partes-los cines, las universidades, las corseterías, los burdeles, ^{las tabernas...} el inevitable retrato del general Palmiro. ^{todo} El que hay en el salón es de grandes ^{dimensiones} proporciones, de los llamados de ~~cuerpo entero~~ ^{tal como lo tiene}

El general Palmiro habla con su otro yo: el retrato.

El general Palmiro: Cada vez vengo con más frecuencia a verte. ¿Sabes por qué?

Porque cada vez me siento más solo. Mala compañera, para un jefe, la soledad. Los jefes necesitan darse en espectáculo; ~~recibir los aplausos~~ ^{haber de su vida} necesitan vivir en espectáculo; recibir los aplausos de la multitud. La soledad, según tengo entendido, es la amiga de los sabios. Pero los jefes no somos sabios. ¿Para qué queremos la sabiduría? ¿Para qué queremos la soledad? ... Y, sin embargo, ^{me siento inevitablemente} cada día ^{generado en la soledad} me siento más solo. Soledad que no se explica, que no depende del menor o mayor número de personas que me acompañen. Soledad que nace en mí y se nutre de mi vida, destruyéndola... ¿Que?... Dices que mi mujer...

Mi mujer dejó hace tiempo de ser la esposa y se ha convertido, hidrópica de vanidad, en la Señora, con mayúscula. Una señora dengosa y cursi que se ha tomado en serio su papel de reina. Y eso me encocora profundamente pues sólo yo tengo derecho a tomarme en serio los papeles de la comedia. No, tampoco mi mujer puede arrancarme a la soledad, esa soledad que me asedia por todas partes y en la que voy hundíendome como en un lodazal. (Si la soledad fuera visible! Si uno pudiera verla llegar y ahuyentarla a gritos! El hombre de la calle, el hombre ^{anónimo} cualquiera, tiene amigos, va a la oficina y al café, sube al tranvia, pasea por las calles. Yo, no. ^{yo no tengo a nadie.} Yo, cada día estoy más solo. Siento que todo lo humano, todo cuanto tiene un hálito y una palpitación de vida, una voz, un gesto, se aleja de mí, aislándome. Por eso acudo a

/ Los aplausos de cada día, débiles, lejanos...

C. Jo, que lo tengo todo, no tengo nada.

ti: porque sólo me quedas tú, mi retrato, mi otro yo. El yo de los hom-
 bres ^{anónimos y} sin historia, de los que viven en el anónimo, o ^{algunos célebres y} de los ~~anónimos~~
 de ^{muchas campanillas} gran personalidad, me han asegurado que es un yo ^{interior} que enri-
 quece su vida. El mío, no. El de los jefes como yo, es externo, de puer-
 tas a fuera. Es el yo que, por llegar demasiado tarde, se quedó en la
 calle solitaria, prisionero de su soledad. Y de su vacío. Porque me
 siento vacío, ¿sabes? deshabitado. Toda mi vida está en ti, que estás
 fuera de ella, que eres reflejo frío de lo que no existe. Si, ya sé:
 duermo, como, ando. me visto, me desnudo, asisto a un Te Deum o a un des-
 file militar... pero rodeado de policías para que nadie advierta que
 tras la fachada, recamada de oro y pedrería, no hay nada; para que,
 mientras los papanatas se encandilan con la fachada y los patriotas
 buscan en ella el blanco a sus pistolas, el niño vea que el ~~emperador~~
 anda desnudo. Quería una vida de héroe y me ha sido concedida una vida
 de fante. Anhelaba la grandeza y solo conseguí su caricatura. Una
 caricatura que no hace reír y a la que mis súbditos arrojan las pel-
 las de barro de sus insultos y maldiciones. No pudiendo hacerme amar
 quise hacerme odiar. ¡Y sólo he logrado que se rían de mí! Tal vez ~~me~~
 Me odian, ^{también, claro,} seguro que me odian, ¡pero como se ríen!

-Mirándole al retrato-

¿Qué te pasa? ¿Es que tú, mi otro yo, te ríes también?

-En el retrato del espadón el rostro fo-
 fo y abotagado se ha convertido en una
 descarnada calavera: los ojos, dos agujero-
 ros sin luz; la boca, sin labios, riéndose
 silenciosamente.

Y las manos pulidamente enguantadas de
 de blanco se transforman en zarpas chor-

reantes de sangre.

El general Palmiro, lívido, temblando de ira
vesánica, grita con la voz ronca, desgarrada.

¡Ah, canalla! ¡Canalla! ¡Canalla!

-Le pega un tiro al retrato.

~~XXVII~~ XXV
XXVII

Prima hora de la mañana, de una mañana marcina y con sol. En la casuca pobre, sumida en las tinieblas, duermen la abuela y el nieto.

Reina un gran silencio, uno de esos silencios graves y profundos y henchidos de presagios que nacen cuando la vida de las humanas criaturas va a cambiar. De pronto el silencio se rompe, se desgarrá con el crepitar lejano de unas ametralladoras. La vieja y el rapaz siguen durmiendo, pero el rapaz se revuelve en la cama. Mas cerca, el canto de un pajarillo. Y es el canto y no los disparos lo que despierta al pequeño. Pero el del ave, en el que parece palpitar la vida que resucita, diríase nacer de los disparos.

El niño abre los ojos y, maravillado, extasiado, atiende sonriendo. Si, si; no cabe duda: en los árboles del huerto canta un pajarillo. El rapacín salta de la cama, casi desnudo, -no tiene frío, el frío ya no existe- se dirige corriendo a la ventana y la abre de par en par. Un rayo de sol se cuelá de rondón en la casuca pobre, recamándola de oro. Ante la ventana aparece un árbol cuajado de flores blancas. Y ya no es un solo pájaro el que canta: son muchos, muchísimos. Diríase que son todos los de la tierra los que han acudido a darles con su canto los buenos días a los pobres vencidos.

El niño, gritando con alegría delirante: ¡Abuela! ¡Abuela! ¡Despierta, abuela!

¡Ha llegado la primavera! Los árboles están en flor. ¡Ha ^{llegado} vuelto la primavera! Los prados reverdecen y cantan los pájaros. ¡Ha llegado la primavera, abuela!

-A la algarabía de lasavecillas se unen, triunfales en el alba triunfal, ^{en el} alba de resurrección, los estampidos, cada vez más cercanos, de las armas de los guerrilleros.

= Fin =